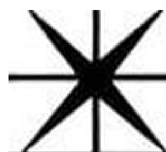


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

clark carrados

DIRECCIÓN PROHIBIDA

CLARK CARRADOS

Dirección prohibida

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151

BUENOS AIRES

Capítulo primero

EL agente Jeff Heenan pertenecía a la «Liga Antialcohólica».

Además, era un celoso cumplidor de su deber. Amable, cortés y paciente incluso con los delincuentes a quienes detenían. En Heenan una fantasía era inimaginable.

Sus informes eran un modelo de sobriedad y concisión. Nunca sobraba ni faltaba una coma, jamás leía una palabra que no tuviese su puesto en el escrito.

Heenan conocía la opinión que sus jefes tenían de él. Por eso, cuando, en una de sus rondas por una calle desierta, al filo de las tres de la madrugada, vio aquel extraño fenómeno, su corazón empezó a sangrar, pensando en que la reputación tan trabajosamente elaborada se iba a ir al cuerno en unos segundos.

Simplemente, en cuanto diese el primer informe telefónico y dijese:

—Estoy viendo (o he visto) un tigre de seis patas.

Porque el animal que tan mansamente se paseaba a tales horas por el desierto arroyo de la calle era, en efecto, un tigre de seis patas.

Los colores eran, quizá, menos acentuados que los del clásico tigre de Bengala y las rayas eran tal vez un poco más anchas; pero no cabía la menor duda, pertenecía a la especie de los félidos: era un *Félix tigris* con todas las de la ley… y seis patas.

Las rayas eran de color azul gris bastante acentuado y amarillo pálido, con algunas vetas anaranjadas. La fiera medía una mitad más de largo que el tigre convencional y su altura era también

mayor. Heenan calculó que la cabeza del bicho le llegaría cómodamente a la chapa del cinturón de su uniforme.

El animal, repito, se paseaba tranquilamente por la calzada. La calle, una amplia avenida de un suburbio residencial, daba al campo.

No lejos del tigre habría una cabina telefónica. Jeff Heenan hizo dos cosas apenas divisó a la fiera: la primera, desenfundar el revólver, como vía de precaución; y la segunda, sin perder de vista al felino, correr hacia el teléfono.

Sucedió lo que temía. El sargento de servicio en la comisaría de su demarcación se puso por las nubes.

—¿Está loco? ¿Le ha dado ahora por beber en las horas de servicio, Heenan?

—Ni lo uno ni lo otro, sargento —contestó el agente, sin dejar de vigilar al tigre a través de los cristales de la cabina—. Estoy viéndolo perfectamente… ahora viene hacia mí… ¡Es enorme, sargento! ¡Tendré que dispararle!

—¡Aguante! —pidió el sargento—. Ahora mismo despacho un auto con varios agentes armados de fusiles. ¡Seguramente, se ha escapado del «Zoo»!

—¿Qué «Zoo», sargento? ¡Aquí, en la ciudad, no lo hay!

—¡Rayos! ¡Pues es verdad! De todas formas, conténgalo; no dispare si no es preciso…

Heenan tragó saliva. El animal estaba ya junto a la cabina. Al pobre guardia le pareció que podría, derribar la frágil estructura de un solo zarpazo.

—Lo… lo intentaré… sargento, pero ahora… está junto a la cabina…

De pronto, el tigre abrió la boca y emitió un enorme rugido. Los vidrios de la cabina temblaron ligeramente.

—¡Lo estoy oyendo! —gritó el sargento—. Valor, Heenan, ahora mismo vamos en su auxilio.

Heenan levantó el revólver para disparar a través de los cristales. De pronto se dio cuenta de una cosa.

El enorme bicho parecía tener intenciones amistosas.

Meneaba la larga cola como un perrito juguetón y sus ojos brillaban con una luz de singular apacibilidad. No, a pesar del rugido, no parecía tener intenciones ofensivas.

Entonces, Heenan, valerosamente, abrió un poco la puerta de la cabina, sacó la mano y acarició la cabeza del felino.

El tigre ronroneó como un gran gato. Heenan se atrevió un poco más y salió de la cabina. Le pasó la mano por el lomo y los movimientos de la cola se acentuaron.

—¡Es… increíble…! —murmuró.

Súbitamente, se oyó a lo lejos la sirena del coche policial que llegaba a toda velocidad. El animal pareció asustarse y, arrancando con un tremendo salto, escapó hacia el campo. Heenan lo vio alejarse con una rapidez increíble.

Como declaró luego:

—El ganador de este año del Derby de Kentucky habría parecido una tortuga a su lado.

Lo malo fue que no lo creyeron. Pensaron que los rugidos eran propios.

El guardia Heenan fue expedientado. Era un chico joven, lo que no impedía para que llevase nueve años de servicios impecables en la Policía, y el hecho de que le dejasen suspenso de empleo y sueldo durante una semana, le atribuló considerablemente.

Tanta fue su congoja, que, por primera vez en su vida, rompió una de sus reglas inquebrantables: se emborrachó.

* * *

Así me lo encontré yo en la escalera, dos días después, a las tantas de la madrugada: con una «trompa» imponente y los ojos llenos de lágrimas.

El guardia y yo éramos vecinos. Jeff vivía con su madre, ausente en aquellos momentos de la ciudad, pues había ido a visitar a una hermana que residía en la costa de Oregón. Yo vivía en el apartamiento frontero.

Apreciaba mucho a Heenan. Jeff y yo coincidíamos bastantes veces en el ascensor, cuando él iba a tomar su puesto de guardia y yo a mi clase de Física. También solíamos coincidir en el gimnasio, donde ambos practicábamos algo de deporte un par de veces a la semana.

El verle lleno de alcohol hasta las cejas me dejó atónito. Conocía a Jeff y sabía que huía del alcohol como la de peste.

Aquella noche, yo regresaba a mi casa bastante tarde. Después

de las clases, me había quedado a repasar en mi despacho de la Universidad los apuntes de los alumnos, referentes a uno de los últimos exámenes. Luego había realizado unas cuantas pruebas en el laboratorio de Física; el tiempo se me había pasado sin que me diera cuenta.

Por fortuna, era jueves… bueno, viernes ya, a las tres y media de la madrugada. Mi fin de semana había empezado el jueves a las cinco de la tarde, así que, hasta el lunes a las nueve no tenía nada más que hacer,

Encontré a Jeff agarrado al pasamanos de la escalera, con una botella mediada en la mano libre. Le había dado filarmónica, pero lo que cantaba —él, tan morigerado—, no se puede publicar.

—¡Jeff! —exclamé—. ¿Qué hace usted aquí?

El muchacho me miró con ojos turbios.

—Hola, pro… profe… sor —dijo, sonriendo estúpidamente—. Ya… ve… Estoy compro… comprobando los fu… funestos efectos del alco… alcohol… pa… para rendir un informe a la «Li… Liga antialcohólica»…

Le quité el frasco y me lo guardé en el bolsillo. Luego agarré su brazo y lo empujé hacia arriba.

—Vamos, vamos, Jeff —dije persuasivamente—; no se deje abatir por la adversidad.

—Es que… sí vi… aquel tigre de seis patas… —sollozó.

—Pues claro que era un tigre de seis patas —concordé—. Pero ahora, vamos a la cama… Sea buen muchacho, Jeff…

—Sí, profesor…

Como buen descendiente de irlandeses, era tremendamente robusto, lo que quiere decir también que pesaba noventa kilos. Por fortuna, yo hacía ejercicio, no era menos fornido que él y apenas le pasaba dos o tres años de edad.

Pero cuando estuvimos en nuestro rellano, Jeff, con la tozudez propia de los alcohólicos, se empeñó en pasar a mi departamento.

—Quiero contárselo todo… profesor… —tartajeaba una y otra vez.

Suspiré.

—Resignación, Ken —me dije a mí mismo.

—¿Có… mo dice, profesor?

—Nada, hablaba del tiempo… Andando, Jeff.

Más bien fue casi arrastrándose hasta el diván de la salita, en donde se derrumbó pesadamente. Me miró y sonrió turbiamente.

—Tenía… seis patas, profesor —dijo—. No me han creído… y me han hecho expediente… Una semana suspenso de empleo y su… sueldo…

Asentí con la cabeza. Era extraño; Jeff no era dado a fantasías, pero, según las informaciones de los periódicos, había insistido una y otra vez en su visión del tigre hexápodo.

—Bueno, tenía seis patas. ¿Hablaba?

Jeff no me contestó. Estaba roncando.

Moví la cabeza disgustadamente. Un buen muchacho podía perderse, si no sabía superar aquel momento de contrariedad.

Le puse los pies sobre el diván y luego le cubrí con una manta. Apagué la luz y me fui a dormir.

En medio de todo, me sentía satisfecho de que la buena señora Heenan no hubiese visto a su querido hijo en aquel estado. Martha Heenan se habría llevado el mayor disgusto de su vida.

Cuando me dormí, eran cerca de las cuatro de la mañana. Como no tenía nada que hacer, dormí hasta cerca de las once. Me levanté, fui a la ducha y cuando el agua corría libremente por mi cuerpo, me acordé de Jeff.

Al salir a la salita, vi que continuaba durmiendo. Entonces me fui a la cocina y puse la cafetera al fuego.

Mientras se calentaba el agua para el café, puse en marcha el televisor para enterarme de las últimas noticias. Tenía una pantalla supletoria en la cocina, de modo que no me fue necesario desplazarme a la sala para ver el diario televisado.

Las noticias eran corrientes, las de siempre: conflictos políticos, escaramuzas por aquí, una epidemia por allá, un terremoto en este sentido, estúpidas declaraciones de un político, la imbécil respuesta de otro político del bando opuesto, el último divorcio de la estrella de turno, famosa por su boicot a las prendas de vestir… Lo de siempre, vamos.

El televisor empezó a dar noticias financieras. A mí, las finanzas, salvo en lo que se refiere a mi bolsillo, me han dejado indiferente siempre. Soy persona de buen conformar y me basta con el sueldo, así que me dispuse a cerrar la emisión. No obstante, pude captar el encabezamiento de una noticia:

SENSACIONAL BAJA EN LAS ACCIONES DUNCAN

—Por mí, pueden llegar al subsuelo —dije, dando media vuelta al interruptor.

El café estaba hecho. Agarré una bandeja, en la que puse, además del servicio correspondiente, un tubo de aspirinas, y me fui hacia la sala.

Jeff estaba sentado en el diván, con la cabeza entre las manos.

—Hola, profesor —dijo—. Me siento avergonzado.

—A todos nos pasa algo parecido de cuando en cuando —dije comprensivamente—. Venga a tomarse un par de aspirinas y medio litro de café. Verá qué bien se encuentra dentro de un cuarto de hora. ¡Ah, también tengo sales de frutas para el estómago!

—Lo tengo hecho polvo —confesó el muchacho.

Tomamos el café, sentados frente a frente. Jeff tenía muy mala cara.

—Ahora —dije—, váyase a casa, métase en la ducha y luego vuélvase a la cama.

Jeff me miró fijamente.

—Bueno, Jeff… ¿Qué diablos podía decirle yo, sin temor a ofenderle? Era un problema peliagudo, como se puede comprender.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Ello me causó un infinito alivio, evitándome, por el momento, una respuesta concreta.

—Dispense, Jeff —rogué. Me levanté, crucé la sala y abrí la puerta.

Contemplé entre curioso y admirado a mi bella visitante, a la cual no había visto jamás en los días de mi vida.

Capítulo II

ERA una esbelta joven de unos veintitantos años de edad, sin llegar al cuarto de siglo, de cabellos castaños, con vetas rojizas, ojos verdosos y tez blanquísima. Vestía un ajustadísimo traje azul, muy corto de falda, sin mangas, con vivos blancos en el cuello y el borde de la falda, por debajo de la cual y con arreglo a los cánones de la última moda, asomaban los bordes de unos pantalones del mismo color y tejido que el traje. En la mano izquierda llevaba un bolso.

—Perdón —dijo la hermosa—. Estoy llamando en el piso de al lado y no me contesta nadie. ¿Sabe si por casualidad el guardia Heenan…?

—Señora —contesté—, el guardia Heenan es mi huésped accidentalmente. Si quiere pasar…

—Es usted muy amable —dijo ella, con una ligera inclinación de cabeza—. Me llamo Cleo Duncan —añadió, en el momento de cruzar el umbral.

—Profesor Zillian —me presenté—. Aquí tiene a Jeff Heenan.

El muchacho se puso en pie.

—Señora… —saludó con lengua todavía estropajosa.

Ella le tendió una mano.

—Celebro conocerle, señor Heenan —dijo con voz bien timbrada. Se presentó de nuevo y yo le ofrecí una silla—. Gracias, profesor.

—Les dejo solos —dije cortésmente—. Iré a preparar más café.

—Por favor —rogó Cleo—. Puede quedarse, profesor; a fin de cuentas, parece ser bastante amigo del señor Heenan.

—En cierto modo, así es —convine—. Sin embargo, estimo un deber de discreción…

—Quédese, profesor —pidió Jeff, notablemente turbado—. ¿En qué puedo servirla, señora Duncan?

—Señorita —corrigió ella—. He venido a hablar con usted del tigre de seis patas.

Dominé una interjección. ¡Una chiflada!, pensé para mis adentros.

Sí, una chiflada, porque cuando pasan cosas raras, no faltan los locos que acosan a los protagonistas del suceso con mil disparatadas peticiones. Cleo Duncan, además de hermosa, parecía seria y ponderada, pero nadie podía garantizar una total estabilidad mental detrás de su bella fachada.

Apenas oí lo del tigre hexápodo, tomé mi decisión… y la cafetera.

—Se necesita más café —dije, emprendiendo una precipitada retirada hacia la cocina. Jeff podría tomarlo como una deserción, pero yo no tenía ganas de escuchar insensateces.

Salí un cuarto de hora después, pensando en que la bella se habría ido. Me equivocaba.

Cleo continuaba allí, acosándole a preguntas.

La cara de Jeff tenía todos los colores del arco iris.

Cuando entré, ella me miró, ligeramente sonrojada.

—Usted tampoco cree en el tigre de seis patas, profesor —dijo.

—Verá, señorita Duncan… —vacilé.

—Se necesita tener un espíritu muy fuerte para creer sin haber visto —dijo ella—. No se lo reprocho, pero le diré que yo sí creo al señor Heenan.

—Es usted muy libre de pensar como quiera, señorita. ¿Café?

—No —tomó su bolso y se puso en pie—. Ya me iba. Gracias por su amabilidad, profesor. A usted le digo lo mismo, señor Heenan.

La acompañé hasta la puerta…

—Fue un placer, señorita —dije.

Ella se despidió con una sencilla inclinación de cabeza. Jeff y yo quedamos solos.

Me volví hacia el guardia.

—¿Y bien?

Jeff sonrió.

—Ella me cree, profesor —contestó.

Le llené la taza de café una vez más.

—Jeff —dije—, no soy biólogo, pero he de decirte que, ni aun experimentalmente, se ha conseguido un tigre de seis patas. ¿Qué utilidad tendría su… fabricación en un laboratorio? Si al menos fuese un caballo, el cual podría ser utilizado para el transporte de una carga mayor… pero ahora hay máquinas y vehículos en abundancia y no tendría sentido crear una raza de caballos hexápodos.

—Bueno, para las carreras —dijo Heenan tozudamente—. Tendrían así un mayor aliciente…

Elevé las manos al cielo.

—¡Señor, Señor! —exclamé, con toda la paciencia posible.

—Ella me ha dicho que la avise si vuelvo a ver al tigre de seis patas —manifestó mi amigo con singular obstinación—. Tengo sus señas, profesor.

—Claro, claro… y también deberías dejármelas a mí, por si veo a esa maravilla de la zoología. Jeff, ¿no se siente con ganas de darse una buena ducha?

—Por supuesto, profesor —Jeff se puso en pie—. No sé cómo darle las gracias por…

Le empujé suavemente hacia la puerta.

—Los amigos están para las ocasiones —dije afectuosamente. Luego cerré y lancé un profundo suspiro—: ¡Uf, un tigre de seis patas! ¡Qué visión de pesadilla!

Después recogí los trastos y corrí a preparar mis trebejos de pesca. ¡Cualquiera me quitaba a mí el placer de sentarme a la orilla de un buen arroyo truchero con la caña entre las manos!

* * *

Regresé a casa al anochecer del domingo. En la mochila llevaba seis hermosas truchas, de más de un kilo cada una, perfectamente conservadas, mediante la pequeña congeladora que siempre llevaba en ocasiones semejantes. Recogí todos los trebejos, me cambié de ropa y luego presencié cómodamente una película en la televisión.

A las once de la noche, me metí en la cama. A las tres de la mañana, sentí unos fuertes golpes en la puerta de mi piso.

Los Heenan y yo vivíamos en la última planta de la casa, dos

áticos ya un poco antiguos, pero amplios y confortables. Rezongando mil pestes contra el importuno que me estropeaba el sueño, me puse la bata y las zapatillas y atravesé las habitaciones hasta llegar al vestíbulo.

Abrí la puerta. Jeff se precipitó sobre mí.

—¡Profesor! ¿Le queda algo de comida? ¡El tigre ha devorado todo lo que yo tenía en la nevera…!

Me quedé mirándole, con una imponente cara de idiota. Jeff no esperó mi respuesta, sino que se lanzó hacia la cocina como un cohete.

Todavía no me había repuesto de la sorpresa, cuando él volvía ya con una gran bandeja en las manos, llena de carne… ¡y con mis seis truchas también!

Exultante de gozo, gritó:

—¡El tigre está ahí, en mi casa, profesor! ¡Vino a verme, es mi amigo! ¡Mi tigre, mi tigre!

Y desapareció de mi vista, convertido en un bólido humano.

Tardé en reaccionar. No sé si lo hice por el tigre, por las truchas o por ambas cosas.

Corrí hacia el piso de mi amigo. La puerta, aunque vuelta, no estaba cerrada. Empujé poco a poco y…

Casi me caí al suelo. Jeff no me había mentido.

El tigre hexápodo estaba allí, enorme, gigantesco, atemorizador… pero al mismo tiempo, amable y cariñoso como un gatito.

Comía… como una fiera. Jeff, sentado a su lado, le pasaba la mano por el lomo.

Advirtió mi presencia, me miró y sonrió.

—¿Estoy loco, profesor? —me preguntó.

Moví la cabeza negativamente.

—Es cierto —murmuré.

La vista de la fiera me hizo olvidar mis truchas, que el animal saboreaba con delectación. Busqué una silla y me senté.

—Es mi amigo, profesor —dijo Jeff—. Estaba durmiendo y vino a casa. No sé cómo supo encontrarme, pero oí rascar en la puerta, me levanté, abrí… y él estaba en el rellano. ¡Es mío, profesor, mío!

—No cabe la menor duda, Jeff —admití, mientras trataba de convencerme a mí mismo de que no estaba soñando—. El tigre es

suyo.

—Ya he avisado a la señorita Duncan —manifestó Jeff—. Vendrá enseguida. Me ha dicho que no deje escapar al animal por ningún concepto.

Miré al tigre y a Jeff alternativamente. Jeff era casi un hércules, pero, ¿podría retener al animal si este insistía en marcharse?

—Es muy manso —dijo Heenan—. Se quedará siempre conmigo y le llamaré «Toby». ¿Le gusta el nombre, profesor?

—Es estupendo —contesté.

El animal vació la bandeja. Sacó una lengua enorme y se relamió satisfecho. Luego, con un ronroneo de indudable satisfacción, se echó en el suelo a los pies de mi amigo.

—¿Lo ve, profesor? Me quiere —dijo Jeff, invadido por una comprensible satisfacción—. «Toby», ya has encontrado un amigo para toda la vida —se dirigió al felino.

Yo pensé entonces en Kathy Benders, una encantadora morenita que hacía poner a Jeff ojos de carnero degollado. Y a Kathy no le disgustaba Jeff, de modo que yo sabía que un día acabaría haciéndoles un regalo de boda.

—Jeff…

—¿Sí, profesor?

—¿Qué dirá Kathy de… de «Toby»?

—Ah, pues le gustará, como me gusta a mí. Y a mi madre también, ya lo verá, profesor.

En aquel momento llamaron a la puerta. Jeff se puso en pie de un salto.

—¡Ahí está!

Corrió hacia la puerta y la abrió. Cleo apareció en el umbral.

Vestía de la misma forma que la primera vez, salvo que el color de su indumentaria era rojo. La vi fresca, pulida, compuesta y atildada como si fuesen las diez de la mañana y no las tres de la madrugada y acabase de levantarse súbitamente despertada por la llamada de Jeff.

Los ojos de la joven apenas se fijaron en mí. Estaban clavados en el animal.

—Ha vuelto —murmuró, avanzando lentamente hacia el felino, que continuaba echado sobre la alfombra.

—Sí, señorita Duncan —respondió Jeff—. Yo creo que tiene una

memoria olfativa prodigiosa y gracias a ello supo localizarme.

—No hay otra explicación —admitió Cleo. Me dirigió una rápida e indiferente mirada—. ¿Cómo está, profesor?

—Encantado, señorita Duncan.

Cleo dejó su bolso en una silla y se arrodilló al lado del tigre, cuya cabeza acarició suavemente.

—Es mansísimo —dijo—. Indudablemente, en el mundo donde procede es un animal doméstico.

Me puse rígido.

—¿Ha dicho «el mundo de donde procede», señorita Duncan? —pregunté.

—Exactamente, profesor —contestó ella, sin concederme una mirada siquiera.

—Pero estamos en la Tierra… —balbucí.

—No lo dudo. Sin embargo… Bien, de momento, creo que explicárselo sería tarea demasiado larga, aparte de que me parece usted sumamente incrédulo.

—Después de lo que he visto, estoy dispuesto a creer cualquier cosa… incluso en elefantes con diploma de ingeniero astronáutico —contesté.

—Incrédulo y mordaz —calificó ella, disgustada.

Y volvió a acariciar el tigre hexápodo, que parecía sumamente satisfecho de hallarse entre humanos.

Entonces yo empecé a pensar en lo que iba a ocurrir poco después. La noticia se haría pública. Jeff sería repuesto, desde luego… pero la casa se vería invadida por una plaga de periodistas. Los curiosos nos acosarían, incluso a mí, que bien poca relación tenía con aquel asunto. El edificio se convertiría en centro de atracción mundial…

La locura, me dije.

—A mí no me agarran en una de esas —murmuré, mientras me deslizaba sigilosamente hacia la puerta.

Ni Cleo, ni Heenan ni «Toby» parecieron lamentar mucho mi ausencia. Yo menos, la verdad sea dicha.

Capítulo III

TERMINÉ de pescar y emprendí el regreso a mi alojamiento.

Hallábame en un paraje sumamente agreste, en medio de la naturaleza, completamente solo entre las montañas. Tenía allí una pequeña cabaña, donde solía pasar los fines de semana y las vacaciones en el buen tiempo. Por esa razón, temiendo el maremágnum que sin duda había de provocar la sensacional aparición del felino hexápodo, escapé de la ciudad.

Llevaba ya cinco o seis días. Imagino que el decano de la Facultad debía estar echando pestes de mí. Yo le había puesto como pretexto una ligera depresión nerviosa y que el médico me había aconsejado un par de semanas de soledad y aire puro. Era lo menos que pensaba estar allí, hasta que se hubiese pasado lo más virulento del jaleo.

Estaba bien aprovisionado y las truchas caían apenas lanzar el anzuelo. Ciertamente, si añadimos la belleza del paisaje, yo no podía pedir más… excepto olvidar la pesadilla que era «Toby».

Entré en la cabaña y limpié un par de truchas para la cena. Estaba terminando de freirías, cuando oí ruido de unas gomas de coche en el exterior.

Apagué el fuego y retiré la sartén. En el mismo momento, oí un gruñido que me puso los pelos de punta.

Luego sonó una voz, fresca y clara:

—¡«Toby»!

Lancé un gemido.

—¡No, no!

La puerta se abrió de golpe. «Toby» trotó hacia mí, apoyó en mi pecho su par de patas delanteras y empezó a lamerme la cara.

—Basta, «Toby» —dijo Cleo, desde la puerta—. Deja al profesor en paz. ¡Mmmm! ¡Qué olor tan bueno de truchas fritas!

El tigre seguía con sus caricias. Acabé debajo de él.

—Quítemelo de encima, por favor —pedí.

Cleo se acercó y dio dos palmadas en el costado al animal. «Toby» se apartó a un lado, moviendo la cola con inequívoca satisfacción.

—Está muy contento de verle, profesor —dijo Cleo.

—No lo dudo —contesté, sentándome en el suelo—. Pero, ¿por qué ha tenido que traerlo consigo? Oiga, ¿y quién le ha dicho que yo tenía esta cabaña?

—Jeff —contestó Cleo desenvueltamente—. Me dijo que una vez había estado pescando con usted y que, seguramente, lo encontraría aquí. ¿Ha pescado hoy estas truchas? —preguntó, mientras se acercaba al fogón.

Me puse en pie, limpiándome la ropa maquinalmente.

—Hace una hora, aún coleaban —dije.

—¡Magnífico! ¡Adoro las truchas fritas! —dijo Cleo, sin remilgos —. ¿Dónde están los platos y los manteles, profesor?

—Tendré que resignarme a dar de lado mi soledad —murmuré, encaminándome hacia la alacena.

Cleo me apartó a un lado.

—Deje, esto es cosa de mujeres. Usted puede preparar dos combinados, si lo prefiere.

—Lo necesito —contestó lúgubremente, a la vez que arrojaba una mirada oblicua hacia «Toby», tendido en la piel de oso de junto a la chimenea.

Cleo trasteó rápida y eficazmente. Momentos después, estábamos sentados a la mesa, frente a frente.

Debo confesar que apenas probé bocado. En cambio, ella despachó las truchas como si no hubiese comido en un año.

—Estaban riquísimas —dijo al terminar, suspirando gozosamente. Luego añadió, con un velo de melancolía en la voz—: Hacía tiempo que no comía alimentos verdaderamente naturales…

—Sí, la civilización actual no es la de la energía nuclear, sino la de la lata de conserva —admití tranquilamente—. Bien, ¿y cómo es

que «Toby» está aquí y no con su dueño?

—Jeff ha vuelto al servicio y me permite que cuide de él. Temió que le diese un patatús a su madre si lo veía en el ático.

—Es natural. También a mí me pasó algo parecido la primera vez que lo vi. Pero, ¿por qué ha venido a verme?

Ella dejó de sonreír.

—Le necesito, profesor —contestó llanamente.

—¿Me necesita?

Cleo se puso en pie y paseó un par de veces por la estancia. Ahora vestía con la misma elegancia, pero con mayor sencillez: blusa de manga corta y pantalones azules muy ceñidos, hasta diez centímetros por encima de la rodilla. Sus piernas estaban cubiertas de una fina malla también azul y calzaba unas sencillas sandalias de medio tacón.

De pronto se volvió hacia mí.

—Profesor, ¿ha oído hablar alguna vez de Birg Griatt?

—¿Griatt? —repetí—. El nombre me suena…

—Es también físico, como usted —aclaró la muchacha—. ¿No ha leído su libro sobre la pluralidad de mundos?

—Eso es de Flammarión —rezongué.

—Deje que me explique mejor. Griatt escribió un libro titulado: «Pluralidad de mundos paralelos», no habitados.

—Sí —admití—, tengo una vaga idea de ese libro, pero no lo he leído.

—Bueno —dijo Cleo, sentándose de nuevo frente a mí—, el caso es que… No sé cómo empezar, profesor —murmuró, sonrojándose.

—Por donde quiera —contesté, sacando mi vieja pipa—. No tenga miedo… ni tampoco prisa. ¿Quiere que encienda la chimenea?

Ella se estremeció.

—Aquí, en la montaña, las noches son frías —musitó, cogiéndose los hombros con las manos.

Momentos después, las llamas bailaban alegremente en el hogar. Entonces, Cleo se sentó en el suelo, escondió las piernas bajo el cuerpo y se reclinó en el cuerpo del ronroneante «Toby». Yo me senté en un sillón frontero, con la pipa entre los dientes, considerando la cosa más natural del mundo estar en compañía de una bellísima muchacha y un tigre de seis patas, que pesaba muy

bien quinientos kilos.

Cleo empezó, a hablar. Fue un largo monólogo, en el cual me contó los detalles más interesantes del libro de Griatt.

Al terminar, dijo:

—Lo mejor de todo, o lo peor; según se mire, es que Griatt ha querido llevar a la práctica sus teorías.

—Es el destino ineludible de todo científico, si no quiere que le crean un charlatán —observé.

Cleo asintió.

—Sí, y por eso ha construido una puerta de comunicación, que le permite entrar y salir en esos mundos paralelos. «Toby» es el resultado de una de las aperturas de la puerta.

Contuve un respingo.

—¿Quiere decir que «Toby» no es el resultado de un biólogo chiflado?

—¿Cómo puede pensar que «Toby» es el resultado de la «suma» de dos tigres de Bengala? —exclamó indignada—. «Toby» es así… porque así nació en otro mundo paralelo al nuestro.

—Y alguien abrió la puerta y el tigre se coló por el hueco —comenté con sorna.

—Esto no es cosa de broma, profesor —manifestó Cleo—. La cosa es más seria de lo que parece. Hay una puerta que conduce a otros mundos… y que permite a los habitantes de esos mundos penetrar en el nuestro. No todos son iguales a la Tierra, ni mucho menos; están habitados por salvajes, fieras terribles… y gente supercivilizada, para los cuales nuestro planeta sería una presa codiciadísima. Tenemos que cerrar la puerta, profesor; es preciso que la encontremos… y la destruyamos.

Cleo parecía hablar en serio, pero yo me sentía cada vez más escéptico.

—Así, pues, no sabe dónde está la puerta.

Ella movió la cabeza.

—No. No tengo la menor idea de dónde la construyó Griatt.

—Perdone la pregunta, señorita Duncan. ¿De qué conoce usted al profesor, doctor o lo que sea, Griatt?

—Mi padre financió sus experimentos. Murió el año pasado. Ahora yo estoy arruinada.

—Ah, recuerdo la espectacular baja de las acciones Duncan.

—Era mi compañía —murmuró ella melancólicamente—. Ya no existe. Se ha declarado en quiebra.

—¿Qué fabricaban ustedes?

—Aleaciones de metal. Griatt era el director técnico de la empresa.

—Y dejó de dirigirla para construir puertas fantásticas.

Los ojos de Cleo brillaron de pronto.

—¡Para levantar la tapa de la caja de Pandora! —exclamó.

—Donde estaban encerrados todos los males, si mal no recuerdo la mitología —dije—. Señorita, de verdad, ¿cree en lo que está diciendo?

Ella palmeó la enorme cabezota de «Toby».

—¿No es esta una prueba suficiente?

—Según se mire… ¿Qué dice la prensa del tigre de seis patas?

—Nada, puesto que desconoce su existencia. Yo no quiero que molesten a «Toby»… ni estorben mis investigaciones. Le diré la verdad, profesor; quiero ser franca con usted.

—Eso espero —dije.

—Estoy arruinada. Apenas poseo más que lo puesto y algunos miles en mi cuenta privada en el banco. Lo demás… se lo ha llevado la trampa.

—Léase Griatt.

—Sí. Mi padre le facilitó fondos prácticamente sin límites. No me asusta la pobreza… pero no quiero que me tomen por tonta. Quiero recuperar lo que es mío.

—Muy lógico.

—Además, deseo destruir la puerta. Mis dos objetivos están estrechamente relacionados.

—¿Destruyendo la puerta… recobrará su dinero?

—Lo que Griatt no haya gastado todavía. Le obligaré a que me lo devuelva, con su ayuda, por supuesto.

—No tengo alma de detective. ¿Por qué no va a la policía?

—¿Me creerían?

—Tiene a Jeff —alegué.

—No me sirve. Es un muchacho bueno y honesto, pero nada más. Usted es físico, muy competente, según tengo entendido. Usted puede comprender mejor los experimentos de Griatt.

—A juzgar por lo que veo, no tienen nada de experimentos y sí

de pruebas muy satisfactorias —dije, señalando a «Toby».

—En efecto. Esta vez hemos tenido suerte, pero… ¿se imagina que hubiese penetrado en nuestro mundo alguna otra fiera infinitamente mayor y no tan dócil como «Toby»? Figúrese que un batallón de soldados de otro mundo paralelo, armado con armas que ni siquiera somos capaces de sospechar, logra traspasar esa puerta. ¿Se da cuenta de la tremenda catástrofe que se produciría?

El pecho de la joven se agitaba fuertemente. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos brillaban de un modo singular.

—Hay mundos —añadió—, en donde el ser humano está aún en la Edad de Piedra… y mundos con una civilización incomprensible para nosotros, tan adelantada, que ese hombre de la Edad de Piedra parecería coetáneo nuestro por comparación con ellos. Son mundos paralelos… pero deben seguir siendo estancos y no comunicados entre sí, como lo están ahora.

Hice un gesto con la cabeza.

—Usted no parece ser muy partidaria de la convivencia entre personas de distintos mundos —observé.

—A veces, el aislamiento evita catástrofes definitivas —contestó ella.

—Pero un diálogo amistoso, puede provocar fecundas relaciones.

—Si solamente se tratase de un mundo, tal vez… pero hay docenas de ellos, tal vez cientos al otro lado de la puerta, profesor. ¡Deben continuar donde están… y nosotros, también, donde estamos! —exclamó apasionadamente.

—De todas formas, y aun admitiendo su tesis, no veo qué puedo hacer yo en su favor —dije.

Cleo se irguió, sin levantarse del todo.

—Le diré…

El ruido de un frenazo interrumpió la frase apenas comenzada.

—Parece que viene alguien —dije, poniéndome en pie.

Y me dirigí hacia la puerta.

Capítulo IV

HACÍA una noche de luna radiante. El resplandor del satélite permitía ver las cosas sin la menor dificultad.

Había dos hombres en el exterior, ambos junto al coche de Cleo. Ellos habían venido en otro automóvil, de gran potencia, a juzgar por su silueta.

—Sí, es el coche de Cleo —dijo uno de ellos.

—Entonces, no cabe la menor duda —manifestó el otro—. Está ahí adentro.

—Trató de despistarnos, pero no lo consiguió del todo. ¡Vamos!

Entonces alcé la voz.

—¿Caballeros?

Los dos tipos no se habían fijado todavía en mí. Detuvieron su marcha y me miraron con expresión poco amistosa.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos.

—¿No les parece más lógico que sea yo quien haga esa pregunta, puesto que ustedes se encuentran en terrenos que son míos? —contesté.

—Será mejor que se aparte a un lado — refunfuñó el otro sujeto, cuya cara no me agradó en absoluto.

—Buscamos a Cleo Duncan y nos la llevaremos con nosotros —aseguró su compinche.

Y sacó una pistola para apoyar sus palabras.

La voz de Cleo sonó a mis espaldas.

—¡Apártese, profesor!

Dudé un instante. Pero cuando oí su siguiente frase, salté a un

lado con la rapidez del relámpago.

—¡Enséñales los dientes, «Toby»!

Un terrorífico rugido brotó del interior de la cabaña. Los dos intrusos se quedaron de piedra.

La mitad del cuerpo de «Toby» apareció en la puerta de la cabaña. Volvió a rugir.

Era un sonido que ponía los pelos de punta. Los ecos rebotaron largamente de cañada en cañada.

—¿Quieren que «Toby» haga algo más que rugir? —dijo Cleo.

Aquello fue suficiente. Los dos rufianes se dieron cuenta de que sus pistolas poco valdrían contra un animal semejante.

Tal vez consiguieran derribarle a tiros, pero uno de ellos, al menos, perecería destrozado por los descomunales dientes y zarpas del felino. Atacados por un pánico espantoso, montaron en el auto y partieron a toda velocidad.

—Vaya un perro guardián —comenté, cuando nos quedamos solos.

—«Toby» es muy obediente —dijo ella.

De pronto, escuchamos un tremendo estrépito.

—¡Se han estrellado! —exclamé.

Y eché a correr inmediatamente hacia el lugar donde se había producido el accidente.

Apenas había dado una docena de pasos, escuché otra explosión. Luego vi alzarse al cielo una enorme columna de llamas.

Momentos después, me detenía en el borde de un profundo barranco, situado junto al camino de acceso a la cabaña. El barranco tenía una profundidad superior a los treinta metros y el coche ardía en pompa allá abajo.

Cleo se detuvo a mi lado.

—El miedo hizo perder al conductor el control de su automóvil —dijo.

Hice un signo afirmativo. Era una explicación lógica.

—Lo siento —añadió la chica.

—¿Sabía usted que la seguían?

—¡No, en absoluto! —protestó con vehemencia.

—Pues no lo comprendo —murmuré—. Ellos venían dispuestos a llevársela.

Cleo se mordió los labios.

—Estoy segura de que esto es cosa de Griatt —dijo.

—¿Por qué quiere raptarla? —pregunté.

—No lo sé. Tal vez… desee seguir adelante con sus experimentos y se haya dado cuenta de que mi intervención podría resultarle perjudicial.

—¿Se lo dijo alguna vez?

—Hace seis meses sostuvimos una entrevista. Yo le reproché el descuido en que tenía su cargo. Él me dijo que sus investigaciones eran más interesantes. La conversación tuvo de todos menos de pacífica.

—Entonces, ahora… pero ha pasado ya demasiado tiempo desde entonces. ¿Por qué no actuó inmediatamente?

—Ya le he dicho que no sé nada. Solo si lo encontramos sabremos por qué envió a esos dos individuos a secuestrarme.

La miré fijamente.

—¿Ha dicho «si lo encontramos»?

—En efecto —confirmó ella sin pestañear.

—Eso significa que da por sentado que yo la ayudaré.

—¿Podría hacer otra cosa ahora, después de lo que ha visto?

«Toby» se acercó a la joven y frotó su enorme cabeza contra su costado, a la vez que ronroneaba placenteramente.

No, no era una «suma» de dos tigres de Bengala. Aparte de su alzada, superior en un palmo, era preciso contar con los colores de su pelaje, que en modo alguno podían proceder del tinte. Aquel animal había venido a través de alguna puerta fantástica, situada Dios sabía dónde… y que comunicaba a nuestra Tierra con algún extraño y maravilloso mundo, cuyas características no podíamos imaginarnos siquiera.

Moví lentamente la cabeza.

—La ayudaré —accedí al cabo.

Ella sonrió.

—No sabe cuánto se lo agradezco, profesor —luego miró hacia el barranco y se estremeció—. ¡Pobres!

—Sí, ha sido una lástima —convine—. Sobre todo, pensando en que si hubieran vivido, nos habrían dicho cosas muy interesantes.

—Las cuales tendremos que averiguar por nosotros mismos, profesor.

—Entonces, ¿ignora el paradero actual de Griatt?

—Por completo.

Reflexionó unos momentos.

—¿Está cerrada su fábrica? —pregunté.

—Sí. Solo hay un vigilante, en espera del embargo definitivo.

—Griatt tenía allí su laboratorio.

—En efecto.

—El vigilante… ¿nos permitirá el paso?

—Si se lo pido yo, sí, desde luego. Pero no creo que encontremos nada positivo.

—¿Por qué?

Cleo emitió un hondo suspiro.

—Ya estuve buscando algún dato que me permitiera conocer el actual paradero de Griatt. No encontré nada, profesor.

—Cuatro ojos ven el doble —dije significativamente—. Volvamos a la cabaña; hemos de preparar todo para la partida.

Cuando llegábamos a la cabaña, me volví hacia ella y le pregunté:

—¿Qué piensa hacer con «Toby», señorita Duncan?

—Llevarlo con nosotros, naturalmente —respondió ella.

—He estado aquí casi una semana —declaré—. ¿Dónde ha guardado al animal todo este tiempo?

—Estuvo unos días en casa de Jeff. Luego, cuando me dijo que su madre estaba a punto de regresar, me lo llevé a casa. Harto lo sintió el pobre Jeff —añadió.

—Pero en su casa…

—Ahora vivo sola —contestó Cleo melancólicamente—. He despedido a la servidumbre y solo viene una mujer para hacer la limpieza un rato por las mañanas. Cuando eso sucede, procuro esconder a «Toby». Lo malo será…

—¿Qué será lo malo?

—Me van a embargar también la casa. Entonces, ¿dónde pondré a «Toby»?

—Resuelva este problema cuando se le plantee —aconsejé.

Cleo sonrió.

—Ahora me siento un poco más animada, profesor, gracias a usted.

—Oh, dele las gracias a «Toby». Si no fuese por él, ¿iba a creer yo en la puerta de Griatt?

Luego, mientras empacaba mi escaso equipaje, dije:

—Si encontramos la puerta, iremos bien provistos de armas.

—¿Para qué?

—Pueden aparecer congéneres de «Toby» no tan dóciles. O quizás otros monstruos de peor aspecto todavía y más fieros. Usted misma ha apuntado esa posibilidad, recuérdelo.

—Es cierto —admitió ella—. Llevaremos sendos rifles… y, además, contaremos con la protección de «Toby».

Mentalmente, yo añadí que también teníamos otra protección: la de que las autoridades sanitarias no estaban enteradas de lo que pasaba.

De lo contrario, nos encerrarían en un manicomio.

* * *

Era bien pasada la medianoche, cuando detuvimos los dos autos frente a la entrada de la fábrica.

Me apeé de mi coche. Cleo abandonó el suyo. «Toby» quedó en el interior.

—No está el vigilante —observé.

—Se habrá dormido —contestó ella—. ¡Para lo que hay que vigilar! —añadió con acento lleno de amargura.

Cleo llamó a la puerta. A poco, sin embargo, vino un hombre de mediana edad y aspecto cansino, que nos abrió sin mayores dificultades.

—Señorita —exclamó el vigilante—. ¿Cómo así…?

—Jonás —dijo Cleo—, este es el profesor Zillian. Profesor, le presento a Jonás, un viejo amigo de los Duncan.

—Hola, profesor. La señorita tiene razón en decir que soy viejo amigo de ella. ¡La he visto casi nacer! Ahora, pensar que ya no ha de volver más por su despacho de la fábrica…

—No nos enternezcamos, Jonás —dijo la joven—. Mirar al pasado no soluciona nada. Además, ¿de quién es la culpa sino mía?

—¿Suya? Habría mucho que hablar sobre el particular, señorita. Tal vez su error consistió en mantener a ese granuja de Griatt al frente de la fábrica, pero, por lo demás, bien poco de culpa tiene usted,

Cleo suspiró.

—Es inútil que hablemos de lo que ya no tiene remedio, Jonás

—contestó—. ¿Podemos pedirle un favor?

—Todo lo que usted quiera, señorita. ¿De qué se trata?

—El profesor y yo queremos examinar el laboratorio de investigaciones de doctor Griatt. ¿Podemos hacerlo o lo impide su orden judicial?

Jonás sonrió maliciosamente.

—La ley dice que la fábrica no le pertenece ya, pero yo sigo considerándola a usted como su dueña. Entre y vaya adonde guste y haga lo que mejor le parezca. Con usted también, profesor, no faltaría más.

—Es usted muy amable, señor —dije.

—Jonás, profesor, Jonás a secas.

—Gracias.

Entramos en el recinto. La fábrica no era muy grande, bien mirado. Su verdadera importancia estribaba en las aleaciones especiales que allí se habían elaborado. A pesar de todo, había tenido la suficiente capacidad para dar trabajo a más de dos mil personas.

Ahora, todas las instalaciones estaban apagadas y silenciosas. No había luces en los patios y corredores externos, como tampoco en ninguna de las ventanas de los edificios. Los hornos de fundición permanecían apagados y fríos.

La luna era el único sistema de iluminación y confería al ambiente una apariencia triste y melancólica. Nuestros pasos resonaban claramente por el cemento del suelo, brillante a causa de la humedad nocturna.

—¿No habrá miedo de que nadie vea a «Toby» mientras nosotros indagamos por aquí? —pregunté.

—Regresaremos antes de que amanezca —contestó Cleo.

De pronto se detuvo ante un edificio.

—Ah, aquí es —dijo—. El laboratorio de Griatt.

Capítulo V

ERA una construcción de forma casi cúbica, de dos pisos, con techo plano. El piso superior no tenía ni una sola ventana, cosa que no dejó de extrañarme bastante.

Cleo asió el pomo de una puerta de metal y la hizo girar. Una escalera apareció ante nosotros, al fondo de un corredor, en cuyo muro izquierdo se veían dos puertas.

—El laboratorio propiamente dicho está en el piso superior —dijo ella.

—Vamos a verlo.

Cleo buscó el interruptor de la luz. Sin miedo ya a tropezones, ascendimos por la escalera. La puerta que había al final, aunque cerrada, no tenía echada la llave.

—Es raro —comenté—. Un hombre como Griatt debía tener todo cerrado con llave, ¿no le parece?

—¿Para qué? No creo que haya nada que valga la pena. Todo lo que era interesante se lo llevó… la mayor parte de las cosas dentro de su propia cabeza.

—Un tipo memorión, ¿eh?

Cleo abrió la puerta y encendió las luces. Yo me quedé pasmado al ver lo que había allá adentro.

Muchos de los aparatos me eran conocidos. Otros, en cambio, me resultaban de utilidad desconocida. Intentar la descripción de lo que había allí ocuparía demasiadas páginas.

En uno de los extremos del departamento, que ocupaba casi toda la planta, vimos una especie de garita encristalada, situada a un

metro y medio sobre el pavimento, de modo que pudiera dominar fácilmente todo el interior del laboratorio.

—Aquel es el despacho de Griatt —indicó Cleo.

Fuimos hacia el cubículo. Había un archivador, vacío según comprobé, una mesa, un sillón, dos sillas y una estantería con libros nada interesantes. Era un despacho más bien pobretón.

—¿Aquí trabajaba él? —pregunté.

—Más bien vigilaba el funcionamiento de sus aparatos.

—Y los trabajos de sus auxiliares.

Cleo negó con la cabeza.

—Griatt trabajaba a solas —declaró—. Cuando se encerraba aquí, con doble vuelta de llave, por supuesto, no atendía ninguna llamada. Ya ve, ni teléfono se había hecho instalar. Lo máximo que hacía era permitir la entrada de materiales, pero en el último año ni siquiera dejaba que sus ayudantes desembalasen los pedidos. Hacía que se los subiesen… y eso era todo.

—¿Y usted confiaba en él?

—En un principio, sí. Luego…

Cleo calló, mordiéndose los labios. Comprendí que no quería decir más y me pareció indiscreto acuciarle a preguntas.

—Así que aquí no encontró nada que valga la pena —dije.

—Usted mismo puede comprobarlo —respondió.

Cleo tenía razón. Media hora después, comprendí que habíamos perdido el tiempo en el despacho.

—¿Podría ver el resto? —pregunté.

—Desde luego.

Descendimos a la planta y empecé a revisar los aparatos. Dos de ellos eran generadores movidos por energía másica, pequeños, pero de una potencia inusitada para la relativa pequeñez del laboratorio.

—Es raro —dije.

—¿Sí? —me miró Cleo interesadamente.

—Fíjese en los generadores. Podrían proporcionar la energía suficiente para iluminar a una ciudad de cien mil habitantes. Su misma fábrica no creo que emplee un solo generador mayor que estos… y aquí hay dos, señorita Duncan.

Ella se encogió de hombros.

—Griatt tenía plena libertad para hacer y deshacer aquí —contestó.

—Sí, es cierto, pero estos generadores producen una fuerza inmensa. ¿Para qué tanta energía?

—Lo siento, profesor.

Moví la cabeza, mientras, maquinalmente, empezaba a llenar mi pipa. Un generador de energía másica, que empleaba como combustible cualquier cosa sólida, líquida o gaseosa, con un aprovechamiento total de la energía contenida en la masa del cuerpo utilizado como combustible, producía una cantidad de kilovatios realmente fabulosa.

Saqué un fósforo y lo encendí. Al aplicarlo a la cazoleta de mi pipa, vi algo por encima de la llama que atrajo inmediatamente la atención.

—¡Eh, señorita Duncan, fíjese usted! —exclamé.

—¿Qué sucede, profesor?

Extendí una mano.

—Mire los indicadores —dije—. Los generadores están funcionando.

—¡Es verdad!

Cada generador tenía su cuadro de mandos independiente. Una lámpara piloto señalaba el momento de funcionamiento de cada generador. Cuando me acerqué al cuadro de mandos más cercano vi el amperímetro en el punto máximo.

—Están funcionando… y produciendo energía, si vale la frase, a toda presión —afirmé.

Cleo me miró, llena de desconcierto.

—Pues… no entiendo quién ha podido ponerlos en marcha —contestó—. Confío absolutamente en Jonás y, de haber entrado alguien antes que nosotros, me lo habría dicho, estoy segura de ello.

Yo conocía el funcionamiento y manejo de los generadores de energía másica. A fin de cuentas, en la Facultad disponíamos de uno para el suministro de fuerza a nuestro laboratorio de Física, aunque de muchísima menor potencia que la de aquellos dos que teníamos delante.

Me acerqué más al cuadro de mandos. Era análogo para determinada serie de tipos de generadores másicos, salvo que, en los de mayor potencia, las máximas de indicaciones variaban en las esferas de control. Aquel cuadro de mandos me resultaba muy familiar.

Examiné un determinado punto del mismo. Presionó un botón y una tira de cristal deslustrado se iluminó en el acto, dejándome ver una serie de cifras y letras: 0015-9-6-02.

—Mire, señorita —dije—. Este generador fue puesto en marcha a las cero horas quince minutos del día nueve de junio de este año.

—Es verdad —exclamó ella—. Fue puesto en marcha mucho después de que la fábrica fuese clausurada judicialmente.

—En realidad, no hace ni dos semanas —dije (el 02 correspondía al año en que nos encontrábamos: 2002).

—No lo comprendo —murmuré—. ¿Qué objeto tiene mantener dos generadores en marcha? No veo ningún otro aparato funcionando… ¿y quién los ha puesto en marcha?

Miré a mi alrededor, con la pipa entre los dientes. De los generadores partían numerosos cables, hábilmente colocados, que iban a terminar en los distintos aparatos científicos que atestaban aquella espaciosa habitación.

—Tenemos que preguntarle a Jonás si ha entrado alguien en este laboratorio —dije.

—Será inútil. Él solo vigila por la noche.

—¿Conoce al vigilante diurno?

—Por supuesto.

—Entonces, le interrogaremos a él —decidí—. Sigamos.

No me pareció prudente detener los generadores. El que los había puesto en marcha no lo había hecho sin un fin concreto. Era preciso averiguar cuál era ese fin.

De pronto, nos encontramos ante una puerta situada en el centro de uno de los muros, precisamente el que estaba justo frente a la entrada al laboratorio, es decir, en el lado opuesto. A ambos lados de la puerta había unos a modo de armarios metálicos, de un metro de grosor por dos de anchura y otro tanto de altura. Parecían de una sola pieza y no se veían en ellos puertas ni aberturas de ninguna clase, ni siquiera sectores ranurados, por ventilación.

La puerta tenía una apariencia corriente, salvo que era metálica y absolutamente lisa, de tal modo, que la hoja coincidía con una casi total exactitud con el marco, también metálico. En cambio el picaporte era un tanto mayor que lo normal y, según pude apreciar, perfectamente aislado.

—¿Adónde da esta puerta? —pregunté.

—No lo sé —contestó Cleo—. No tengo la menor idea.

—¿Hay algún edificio contiguo, con pared medianera?

—No. El laboratorio está aislado. Cuando Griatt lo hizo construir, incluyó este detalle en las especificaciones que facilitó al arquitecto.

—Entonces, si mis cálculos no están errados… esta puerta no da a ningún sitio —dije—. Si la abriera, veríamos el patio exterior desde unos metros de altura y enfrente otro de los edificios del complejo.

—Es probable —convino ella—, pero, ¿por qué no la abre y lo comprueba?

—Bueno, no es un trabajo excesivo.

Hice girar el picaporte y tiré de la puerta hacia mí. Entonces…

¿Qué horrenda visión se nos apareció al otro lado del umbral?

¿Soñábamos? ¿Estábamos despiertos? ¿Habíamos caído bajo el influjo de alguna espantosa pesadilla, creyéndonos, sin embargo, en condiciones físicas y psíquicas absolutamente normales?

Cleo gritó.

A mí me pareció que el grito llegaba desde un lugar profundísimo. La pipa se me cayó de los dientes cuando abrí la boca de par en par.

Un hedor espantoso penetró en el laboratorio a través del hueco. La cosa que había al otro lado permanecía horripilantemente inmóvil, salvo unos lentos y rítmicos latidos de alguna víscera, que se reflejaban en los movimientos de los costados. Pero ¿tenía costados?

¿Tenía forma siquiera?

Algo, que podían ser los ojos, o Dios sabía qué nuevo y desconocido órgano visual, nos contempló con fosforescente mirada, desde un mundo que no parecía tener fin, desde una penumbra azul verdosa, surcada por fajas irregulares y temblequeantes de color púrpura. No sabía si el ser era grande o pequeño o si se trataba de un gigante, cualquiera que fuese la especie animal a la que pertenecía; la falta de perspectiva y de puntos de referencia me impedía calcular su tamaño.

¿Cuánto tiempo permanecí contemplando aquella horrenda cosa? No lo sé; de pronto, arrancándome a la morbosa fascinación que en mí provocaban sus ojos —si lo eran—, cerré de golpe la

puerta y la visión desapareció instantáneamente.

Cleo caminó dando tumbos hacia una mesa cercana y se apoyó en ella con ambas manos. Inclinada la cabeza hacia adelante, jadeaba y se estremecía espasmódicamente.

—¡Por el amor de Dios, profesor! ¿Qué es eso? —preguntó.

Busqué mi pipa. Vano empeño; era de espuma de mar y se había hecho trizas al caer al suelo.

—Lo siento —dije—. No tengo la menor idea, pero sí puedo afirmar una cosa, señorita Duncan.

Cleo me dirigió una mirada en la que se leían todavía el horror y la repugnancia que le habían producido el monstruo segundos antes.

—Lo sé, profesor —dijo—. Hemos hallado la puerta de Griatt… la puerta que da a los otros mundos paralelos al nuestro.

—La tapa de la caja de Pandora.

Cleo se irguió.

—No sé cómo he podido resistirlo —dijo.

—Espere un momento —rogué.

Acababa de recordar que había visto en el despacho de Griatt una botella de licor mediada. Seguramente, la usaba para confortarse de cuando en cuando. No era una cosa extraña; yo también la tendría en mi laboratorio de la Facultad, si no fuera por mi cargo Oficial y porque las malas lenguas dirían enseguida que estaba entregado al nefando vicio del alcohol.

No había vasos, pero, en caso de necesidad, es un detalle que importa poco. Volví al mismo sitio.

Cleo ya no estaba.

Había desaparecido.

Capítulo VI

ME quedé como clavado por los pies al suelo, hecho un estúpido, con la botella en una mano y el tapón en la otra.

—¡Cleo! —llamé a gritos.

Luego maldije la curiosidad de las mujeres. «Debí haberlo supuesto», me dije amargamente.

Ahora… cualquiera sabía dónde estaba. Si era cierto que había centenares de mundos paralelos al otro lado, ¿en cuál de ellos se encontraba Cleo ahora?

¿O había enloquecido y, abriendo la puerta, se había precipitado al encuentro del monstruo?

Bebí un largo trago. Luego me dije que debía traerla a nuestro mundo, costase lo que costase.

De pronto, se abrió la puerta. Un turbión de nieve penetró de golpe, y una ráfaga de viento frío me golpeó en la cara. Cleo entró de un salto y cerró con fuerza.

—¡Cielos, qué frío tan espantoso! ¡Deme la botella, profesor!

Se la entregué maquinalmente.

—¿Por qué se fue sin avisarme? —pregunté.

Antes de contestar, Cleo, sin remilgos, tomó un buen sorbo de licor. Luego me miró y se esforzó por sonreír.

—Diga «la maldita curiosidad de las mujeres», profesor —contestó—. Así se sentirá más desahogado.

—Dicho está —rezongué—. ¿Qué vio al otro lado?

—Hielo, viento polar y mucha nieve. No me separé ni tres metros de la puerta. Grité, llamando al doctor Griatt, pero la

ventisca ahogó mis gritos. Entonces, viendo que me congelaba, regresé.

Le tomé la botella. Ahora el que tenía necesidad de un trago era yo.

—Estoy viendo que tenía usted razón —dije, algo más animado.

—¡Pues claro! Griatt construyó la puerta, desde luego, aunque no me pregunte cómo. Es un corredor de enlace con los mundos que coexisten paralelamente al nuestro en una dimensión distinta… tal vez una dimensión para cada mundo. Pero no me pregunte cómo funciona ni cómo se detiene…

Volví la cabeza hacia los generadores.

—Por supuesto, esa puerta requiere una cantidad de energía realmente fabulosa. Y ello explica también el aislamiento del picaporte. ¿Sabe usted que me siento tentado de pasar al otro lado?

Los ojos de Cleo brillaron.

—¿Habla en serio, profesor?

—Absolutamente en serio —respondí.

Ella se dirigió hacia la puerta. Yo me situé a su lado.

—Me gustaría hablar con Griatt —dije—. Nos explicaría muchas cosas.

—A mí, también, pero por ahora desconocemos su paradero. No obstante, estoy seguro de una cosa; volverá, puesto que tiene en marcha los generadores que proporcionan la energía suficiente para el funcionamiento de la puerta.

—Eso es verdad —reconocí—. Abra.

Cleo hizo girar la puerta.

Un hermoso panorama apareció ante nuestros ojos. Lucía un sol radiante y vimos un suelo alfombrado de verde césped, esmaltado por infinidad de florecillas de todos los colores. En una arboleda cercana escuchamos el cántico de muchos pájaros.

—Es maravilloso —dijo ella, arrobada, a la vez que cruzaba la puerta.

Yo la seguí. El ambiente tenía un agradable perfume a flores silvestres. A lo lejos divisamos la cinta plateada de un río que serpenteaba entre colinas de redondos contornos. Delante de nosotros, a veinte metros, divisé unos arbustos cubiertos de flores rojas, amarillas y blancas, de grandes pétalos.

Un poco más allá, divisamos algo que nos llenó de

estupefacción.

—¡Mire! —dijo Cleo—. Este mundo está habitado.

Era un templete clásico, de estilo griego, sostenido por una docena de graciosas columnas de mármol. Estaba rematado por una cúpula semiesférica y frente al mismo se divisaba un estanque que contenía una masa de agua de una limpidez total, bordeado de sauces llorones.

De pronto, oímos voces y risas, suaves y mesuradas.

—¡Agáchese! —dije.

Cleo y yo nos parapetamos detrás de un arbusto. Mirando a través de los ramajes, divisamos un grupo de jóvenes de ambos sexos, de buena presencia, en un grupo de informal composición, encabezado por un hombre maduro, pero no viejo, que parecía dirigirles en el paseo.

La vestimenta, aun siendo distinta en el colorido de los tejidos, estaba por completo de acuerdo con el ambiente clásico: túnicas todos, muy cortas, sujetas solo por uno de los hombros con un broche que me pareció de oro puro y de una forma idéntica en todos los jóvenes.

—Ese broche parece un distintivo común —murmuré.

Cleo asintió.

—Una especie de insignia de una escuela o Universidad —convino.

El grupo se detuvo al pie del templete, al que se accedía por una escalinata de mármol de seis u ocho peldaños. Los jóvenes se desperdigaron un tanto, sentándose unos en los escalones, otros en la hierba y otros, en fin, en el borde de la piscina. Algunas de las muchachas se descalzaron y sumergieron los pies en el agua.

El hombre maduro se sentó en el peldaño superior y empezó a hablar. Los jóvenes le escuchaban con infinita atención.

—Parece una escena de la Grecia antigua —dije.

—Sí… si no fuese por el color de algunas epidermis —contestó Cleo.

Era cierto. Los muchachos que había en aquella especie de clase al aire libre eran de todas las razas. Incluso el profesor parecía un antiguo piel roja ataviado con ropajes clásicos.

Aunque la distancia era corta, no lo era tanto que nos permitiera escuchar el sonido de las palabras del hombre. Cleo dijo de pronto:

—¿No podríamos acercarnos para oír lo que dice?
—Bueno… pero con precauciones.
—Claro.
Cleo se incorporó un poco. Yo volví la cabeza, buscando un buen sitio para estar más cerca del grupo. De pronto, sentí que se me helaba la sangre en las venas.
—¡Señorita Duncan!
Cleo se volvió y me miró.
—¿Profesor?
—Lo siento —dije—. Tenemos que regresar.
—¿Por qué?
Señalé a nuestras espaldas. Ella se tapó la boca con una mano.
—Es verdad —dijo—. Apenas se ve.
La puerta era apenas una mancha confusa a menos de diez metros de distancia. Adiviné lo que sucedía.
—Si nos alejamos más, la perderemos de vista. Entonces, tendríamos que quedarnos en este mundo paralelo. No me disgustaría, pero…
—Tiene usted razón; regresemos.
A medida que nos aproximábamos, la puerta ofrecía más consistencia. Llegamos, la abrí y divisé de nuevo el confortador espectáculo del laboratorio.
Dejé que Cleo pasara delante de mí. Luego cerré la puerta.
—¿Seguimos? —me consultó ella.
Miré el reloj.
—Es demasiado tarde ya —dije—. Pronto será de día y no conviene que nadie vea a «Toby».
—Tiene usted razón. Además, nos hace falta dormir un poco. Yo me siento fatigadísima.
—A los dos nos hace falta descansar —convine—. Vámonos.
La tomé por el brazo y caminamos hacia la salida. Antes de abrir la otra puerta, me volví y miré hacia el lado opuesto.
—Tenemos que volver y continuar la exploración de los mundos paralelos —dije.
—Estoy de acuerdo con usted —manifestó Cleo—. Ese último mundo que hemos visto, tan hermoso, tan apacible… Profesor, hemos estado viendo una escena de la antigua Grecia, donde un filósofo enseñaba a sus discípulos…

—No, aquello no era la Grecia antigua. Hemos visto seres de todas las razas y en la Grecia de Pericles no había negros, ni amarillos ni cobrizos. Quizás algún esclavo negro, capturado en Nubia… pero nunca en igualdad de condiciones con los ciudadanos de Atenas.

—Eso es cierto —reconoció Cleo—. Pero, entonces, ¿qué mundo era ese, profesor?

—Tal vez uno tan avanzado, que les ha permitido la regresión a métodos y hábitos primitivos. Sin embargo, ¿cómo saberlo a ciencia cierta? Vimos un mundo de horror infinito, otro que no era sino un páramo barrido por la ventisca… Usted tenía razón, señorita Duncan.

—La razón es de Griatt —contestó ella—. Pero su comportamiento ha sido funesto, impropio de un ser civilizado.

—No carguemos totalmente las culpas sobré el acusado, sin antes oír sus descargos —dije sensatamente.

—¿Y cómo oírle si no sabemos dónde está?

La empujé suavemente hacia la salida.

—Un argumento irrefutable… por el momento. Salgamos de una vez.

Llegamos al patio. Entonces se me ocurrió una idea.

—Espere un momento —dije.

Eché a andar. Cleo, tras una ligera vacilación, me siguió. Yo llegué a la esquina opuesta del laboratorio y di la vuelta.

El resplandor lunar permitía ver claramente una fachada que, en su superior era absolutamente lisa, sin el menor hueco. Cleo comprendió inmediatamente mis propósitos.

—No se ve la puerta —murmuró.

—No. Solo se ve por la parte de adentro… la que corresponde precisamente a nuestra dimensión actual. Al otro lado de la puerta… hay infinidad de mundos situados en infinidad de dimensiones.

Guardamos un momento de silencio. Luego emprendimos el regreso hacia la salida.

Jonás nos esperaba en el portón. Al tiempo de salir, le dije:

—Quiero hacerle una pregunta, Jonás.

—Usted dirá, profesor.

—Pronto le relevarán a usted, ¿no es cierto?

—Sí, profesor. Durante el día, mi compañero Ben Tomkins vigila la fábrica. Él es más joven, tiene mujer e hijos…

—Comprendo, Jonás —dije sonriendo—. Cuando venga, dígale que haga el favor de ponerse en contacto con la señorita Duncan.

—Por supuesto, profesor.

Nos despedimos de Jonás. Yo acompañé a Cleo hasta su coche. «Toby» ronroneó de placer al vernos.

—¿Qué le digo a Tomkins cuando me llame? —preguntó Cleo.

—Sencillamente, pídale una entrevista. No deje de avisarme, sin embargo; quiero estar presente.

—De acuerdo —Cleo me tendió su mano, blanca, fina, fuerte—. Ha sido un acierto por mi parte elegirle a usted para colaborador.

—No cante victoria todavía —sonreí—. Aún queda mucho por hacer.

—Sí, cerrar la tapa de la caja de los males.

Pensativamente, dije:

—Señorita Duncan, ¿cree usted conveniente cerrar esa puerta definitivamente?

Sus pupilas llamearon al darme la respuesta:

—Sí, es conveniente… y después de lo que hemos visto, más que nunca.

Me encogí de hombros.

—Griatt protestará —alegué.

—La puerta es mía —contestó ella con vehemencia.

—¿Está segura? Recuerde que tiene la fábrica bajo embargo.

—Si Griatt me devolviese todo el dinero que me robó, pagaría parcialmente a los acreedores, pondría un nuevo director al frente y en un año, dos como máximo, la fábrica quedaría libre de todas sus deudas.

—Puede ser, pero, por ahora, la puerta no es suya.

Cleo se mordió los labios.

—No me da usted muchos ánimos —se quejó.

—Mire, señorita Duncan, me gustaría ser millonario para pagar a sus acreedores y dejar su empresa libre de toda carga. Pero aparte de unos miles ahorrados de mi sueldo, no cuento con nada más. ¿Ganaría usted algo con que yo la imbuyera falsas esperanzas? Es preciso ser realista, créame… y este problema solo se solucionará cuando hayamos encontrado a Griatt y hablado extensamente con

él.

Cleo asintió.

—Sí, creo que tiene usted razón —admitió—. Gracias por haberme hecho ver las cosas con claridad —sonrió luminosamente —. Ha sido una suerte encontrarle, repito.

Subió a su coche y lo puso en marcha. Antes de arrancar, agitó la mano en señal de saludo. «Toby» se despidió de mí con un amistoso gruñido.

Capítulo VII

ERAN las diez de la mañana aproximadamente. Ben Tomkins, el vigilante diurno de la fábrica, terminó de dar una vuelta por las distintas dependencias, hallándolo todo en orden.

Tenía apetito. Tomkins pensó en un bocadillo de carne picada y una botella de cerveza. Disponía de ambos elementos en la caseta donde los vigilantes se refugiaban en el mal tiempo.

Se dirigía hacia allí, cuando vio aparecer a un individuo por la esquina de uno de los edificios.

Su primera intención fue conocer las intenciones del extraño, pero no tardó mucho en reconocerlo.

—Ah, es usted, doctor Griatt —dijo—. Dispénseme, le había tomado por un intruso.

Griatt sonrió.

—No tiene nada de particular, Ben. ¿Hace mucho que está aquí?

—Desde las siete de la mañana. Relevé a Jonás…

—Claro, es cierto —convino Griatt con amable sonrisa—. Por cierto, ¿qué es ese montón de chatarra?

Tomkins volvió la cabeza ingenuamente. Griatt sacó una porra corta y pesada y le golpeó en el cráneo.

El vigilante se desplomó fulminado. Griatt tiró la porra a un lado.

—¡Uf, qué apuros he pasado! —masculló.

Y luego se dirigió hacia el gran portón de acceso a la fábrica. Miró primero a través de una rendija practicada al efecto y, satisfecho, hizo que el portón se deslizase sobre sus rieles a un lado.

Un enorme camión de carga apareció ante sus ojos.
—Ya era hora —gruñó, dirigiéndose al conductor.
—Vinimos en cuanto recibimos su llamada —contestó el sujeto —. Hace más de quince días que estamos esperándole…
—Tiene razón —admitió Griatt—. La culpa es mía, pero no he podido venir antes. Bueno, al trabajo.
Había dos hombres más en la amplia cabina. Uno de ellos se asomó y señaló con el brazo hacia el hombre tendido en el suelo.
—¿Quién es ese? —preguntó.
—El vigilante de la fábrica. No paséis cuidado…
—¿Está muerto?
—No, solo atontado. Lo mejor será que le atéis y le amordacéis. Vamos a estar mucho tiempo aquí y no quiero que nos moleste.
—Está bien, señor Griatt. Vamos, tú, Softy.
Los dos hombres saltaron al suelo. Uno de ellos se detuvo bruscamente y se encaró con Griatt.
—Tengo malas noticias que darle, señor —dijo.
—¿Qué sucede? —inquirió el científico.
—Hissner y Steele. Se mataron con el coche. Ardió la gasolina y…
Griatt soltó una maldición.
—¿Y la chica?
—Escapó, sin duda.
—¡Imbéciles! ¡Dije que la pusierais a buen recaudo!
Intervino el otro sujeto.
—Señor Griatt, raptar a una persona no es tan fácil como parece, máxime cuando hay que hacerlo como quería usted —manifestó—. Ella parecía olerse que la seguíamos y nunca nos dio ocasión para ponerle la mano encima. La única vez fue cuando Hissner y Steele…
—Está bien, está bien —rezongó Griatt—. De todas formas, ahora importa poco. Vamos, quitad de en medio ese estorbo y procurad que no nos interrumpa. Tú, entra con el camión y ve despacio; yo te guiaré al lugar donde debes estacionarlo —indicó al conductor.
Momentos después, el enorme vehículo, de seis ejes, se detenía al pie del muro del laboratorio que daba al sur. Griatt ayudó al conductor a maniobrar y luego le dijo que ya podía parar el motor.
—Ahora, sígueme —ordenó.

El individuo obedeció sin vacilar. Por el camino, se les unieron los otros dos.

—El guarda está fuera de combate —informó el llamado Softy

Griatt asintió con un ligero movimiento de cabeza. Luego, sin vacilar, se dirigió hacia la puerta inferior de su laboratorio.

* * *

El teléfono me despertó bruscamente cuando estaba en el mejor de los sueños.

Levanté el auricular. Por supuesto, disponía de visófono, pero lo tenía en la salita. No es discreto un aparato semejante en el dormitorio. El teléfono de la mesita de noche era un simple supletorio.

—Habla Zillian —dije con voz soñolienta.

—¡Profesor! Soy Cleo Duncan.

—Hola… —dije, ahogando un bostezo—. Sí que es usted madrugadora…

—Son las cinco y media de la tarde —me indicó ella. Su voz, lo advertí de pronto, rezumaba ansiedad—. Ha pasado algo grave —añadió.

—Explíquese, por favor —rogué.

—Ahora no puedo —contestó—. Le espero en la fábrica. Inmediatamente, por favor.

Y colgó, antes de que yo pudiera formularle la menor objeción.

Miré el aparato con aire estúpido.

—Sí que debe de estar mal la cosa —murmuré, mientras volvía el teléfono a la horquilla.

Pero la ansiedad de Cleo se me había contagiado. Salté de la cama y corrí hacia la ducha.

Veinte minutos más tarde, hacía arrancar a mi automóvil. A la hora de haber recibido mi llamada, lo detenía ante la puerta de la fábrica.

El coche de Cleo estaba parado allí. Miré en su interior; no se veía el menor rastro del tigre hexápodo.

El portón se descorrió un poco. Cleo sacó una mano y la agitó.

—Venga, profesor.

Me dirigí hacia ella. Al cruzar la abertura, pude ver a «Toby» dando vueltas en torno a un aterrado individuo de unos cuarenta

años de edad, que parecía próximo a desmayarse.

—¿De dónde han sacado ese monstruo? —gritó Tomkins—. ¡Quítelo de mi vista, señorita Cleo! ¡Me va a devorar…!

—«Toby» es inofensivo, Ben —le tranquilizó ella—. No le hará el menor daño. Mire al profesor Zillian; no se siente asustado en absoluto.

Tomkins se pasó una mano por la cara. Me miró a mí y luego volvió la vista hacia «Toby», el cual se me acercó mansamente para frotarse su enorme cabezota contra mi cuerpo.

—Hola, «Toby» —saludé, dándole unos cuantos golpecitos—. No tema, Tomkins —dijo—. Es un animal completamente pacífico… al menos, con las personas de su peculiar amistad.

—Pues no me sentiré tranquilo hasta que lo sepa a mil kilómetros de distancia —gruñó el vigilante, sin abandonar todavía sus aprensiones—. ¡Rayos, qué bestia!

Cleo sonrió ligeramente.

—No me atreví a dejarlo solo en casa y me lo traje conmigo —explicó—. Eché las cortinillas del coche y así no lo vio nadie.

—Eso está muy bien —aprobé—, pero, ¿no tenía nada más que decirme, señorita Duncan?

Cleo se volvió hacia el guardián.

—Hable, Ben —invitó.

—Sí, señorita. Eran las diez de la mañana…

Momentos después, estaba enterado de gran parte de lo ocurrido. Tomkins concluyó:

—No pude verles marcharse. Trabajo me costó librarme de mis ligaduras, cosa que no pude hacer en todo el tiempo que ellos estuvieron manipulando. Dios sabe dónde. De cuando en cuando, uno de ellos venía y echaba un vistazo a mis ligaduras. No se fiaban en absoluto, así que tuve que esperar a que se fueran para intentar desatarme. Apenas lo conseguí, llamé a la señorita Cleo, tal como me lo recomendó el viejo Jonás y…

—Yo le recomendé que no llamase todavía a la policía —intervino la joven.

—¿No le conviene la publicidad? —pregunté.

—Creo que no. De todas formas, ahora ya no estoy tan segura. Únicamente, el tigre…

Tomkins volvió a mirar al animal.

—¿De dónde han sacado ese fenómeno de feria? —exclamó.

Nosotros no le hicimos caso. Yo le pregunté:

—Ben, ¿está seguro de que era el doctor Griatt?

—Segurísimo, profesor.

Cleo le miró.

—No cabe la menor duda. Si hay un hombre poco dado a fantasías, es Ben.

—Además —dijo el guardián—, hace años que trabajo en la fábrica. Le veía a diario… y cuando me lo tropecé, ni siquiera había bebido la cerveza que suelo tomarme con el bocadillo de las diez.

—Eso significa que Griatt ha dado señales de vida —manifesté—. ¿De dónde salió, Ben?

Tomkins se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Tal vez Jonás le dejó entrar antes de mi llegada…

Volví los ojos hacia Cleo.

—Pregúnteselo —indiqué.

Ella entró en la caseta encristalada, de la que salió dos minutos después.

—Jonás dice que durante todo su turno, salvo nosotros dos, no entró ni salió nadie del recinto.

—Pudo entrar salvando alguna de las tapias —alegué.

—¿Para qué? Jonás le conocía bien y no tenía motivos para prohibirle el paso —respondió ella.

—Yo tampoco se lo hubiera prohibido —declaró Tomkins.

Me sentía profundamente desconcertado.

—No se comprende nada —dije—. Griatt tenía libertad para moverse a su placer por el recinto, como nosotros. ¿Por qué atacar a Ben?

—Oí ruido de un camión muy grande cuando se fueron —manifestó el guardián.

—Profesor, Griatt se ha llevado algo de la fábrica —dijo Cleo sumamente excitada—. Lo que acaba de decir Ben corrobora mis suposiciones. ¿Por qué atacarle cuando ya estaba dentro? No hay otra explicación posible —concluyó.

—Es cierto —admití—. Pero, ¿qué se ha llevado?

Cleo y yo nos miramos fijamente. De pronto, a una, echamos a correr hacia el laboratorio.

—Venga primero por aquí —grité.

Ella me siguió. «Toby» galopaba a grandes trancos. Era alucinante verle mover sus seis patas alternativamente.

Alcancé la esquina del edificio y di la vuelta. Cleo se detuvo a mi lado, tan asombrada como yo.

—Aquí todo está normal —dijo.

—Subamos al primer piso —indiqué.

Retrocedimos a la carrera, «Toby» a nuestro lado. Tomkins no las tenía todas consigo y se metió en su garita. Tenía un rifle y lo empuñó con manos crispadas.

Ninguno de los dos hicimos el menor caso de su actitud defensiva. Trepamos por la escalera y alcanzamos el laboratorio.

Había abundantes señales del paso de Griatt por aquel lugar. Faltaban algunos aparatos, faltaba un generador másico y…

—¡La puerta! —gritó Cleo.

Me detuve en seco.

—Ha desaparecido —murmuré.

La pared estaba absolutamente lisa, como si nada hubiera sucedido en aquel lugar. Incluso los dos grandes cajones de ambos lados habían desaparecido también.

Durante unos momentos, reinó un profundo silencio. Ni Cleo ni yo sabíamos qué hacer.

De pronto, se me ocurrió una idea.

—No se mueva —indiqué.

Abandoné el laboratorio. Cinco minutos después, regresaba con un pesado pico en las manos.

Empecé a golpear la pared con toda mi fuerza. Al cuarto de hora, la mampostería cedió y un gran boquete se abrió en el muro a la altura de mi pecho.

Asomé la cabeza. Los cascotes habían caído al patio.

Me volví hacia Cleo.

—¿Hemos soñado? —dije.

De pronto, oímos un extraño sonido.

Era «Toby». El enorme tigre arañaba la pared con sus zarpas y gemía afligidamente, emitiendo unos sonidos que parecían casi humanos.

—¡«Toby»! —exclamó Cleo—. Está echando de menos la puerta por donde vino… la puerta que le permitiría volver a su selva natal.

Capítulo VIII

«TOBY» yacía a nuestros pies, sobre la alfombra. De cuando en cuando suspiraba y gemía. Nos había costado un esfuerzo ímprobo apartarlo del punto por donde su instinto le decía podía volver al lugar de procedencia:

Cleo se levantó y volvió a poco con servicio de café. Estábamos en su casa, en el salón principal. Me sirvió una taza y se llenó la suya.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó, rompiendo el tenaz silencio.

Yo no sabía qué contestar. El paradero de Griatt, después de haberse llevado su sensacional invento, nos resultaba aún más desconocido que antes.

De pronto se me ocurrió una idea. Dejé la taza de café a un lado y me acerqué al teléfono con pantalla acoplada. Era un tipo antiguo, desechado por los nuevos, pero vuelto a poner de moda.

Marqué el número de mi vecino Jeff Heenan. A poco vi en la pantalla el agradable rostro de su madre.

—Señora Heenan, por favor, ¿está Jeff?

—Sí, profesor; ahora mismo le diré que venga.

Jeff acudió casi en el acto.

—¡Profesor! ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿Qué es de «Toby»?

Maniobré con el objetivo, de modo que pudiera verlo bien.

—Mírelo —dije—. Está perfectamente.

Sonó un chillido de susto.

—¡Hijo! ¿Qué es ese fenómeno? —exclamó la señora Heenan.

—Mamá, no te preocupes; es solo un maniquí animado —respondió Jeff maliciosamente, a la vez que me guiñaba un ojo—. ¿Y bien, profesor?

—Necesitaríamos hablar con usted, Jeff. Estoy en casa de la señorita Duncan. ¿Podría venir lo antes posible?

—Desde luego. Llegaré dentro de media hora.

—Gracias, Jeff.

Colgué el teléfono. Cleo me miró llena de curiosidad.

—¿Qué le va a pedir el agente? —me preguntó.

—Él tiene amigos policías. Nos interesa conocer el paradero de Birg Griatt —respondí.

Cleo asintió pensativamente.

—Podríamos encargarlo a una buena agencia de detectives —sugirió.

—¿Está en condiciones de sufragar los copiosos gastos que supondría una comisión semejante?

Ella se puso encarnada.

—Profesor, no es usted de los que tienen pelos en la lengua —dijo un tanto molesta.

—¿Acaso preferiría que la adulase?

—No, pero…

—Señorita Duncan, en este asunto no caben paliativos ni medias tintas —dije—. Si yo supiese que tiene dinero en abundancia, ya le habría aconsejado lo mismo que me ha propuesto, pero no una sola agencia de detectives, sino veinte agencias… con mil hombres empleados en buscar a Griatt. Puesto que nuestros recursos son limitados, lo haremos nosotros lo mejor que podamos.

Cleo sonrió.

—Directo, pero sensato —calificó.

—Gracias. Celebro su objetividad, señorita Duncan —me metí las manos en los bolsillos—. ¡Maldito monstruo verde!

—¿Qué le pasa? —inquirió ella.

—Cuando vi aquel horrible bicho, abrí la boca y se me cayó la pipa, haciéndose trizas —contesté.

—Tengo cigarrillos —dijo ella.

—Puesto que no queda otro remedio…

Heenan apareció al término de la media hora prometida. Antes de llegar a casa, ya lo supimos; «Toby» empezó a gemir y a agitarse,

a la vez que emitía suaves gruñidos.

Instantes después, Heenan y «Toby» rodaban por la alfombra, jugando alegremente como lo haría un chiquillo con un perrito. Cleo y yo tuvimos que esperar a que se desahogasen.

Al cabo de unos momentos, Heenan se puso en pie y, arreglándose las ropas, nos miró turbado:

—Lo siento, pero echaba a «Toby» de menos —se excusó.

—No tiene importancia, Jeff —dije—. Escuche, necesitamos de usted.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Miré a Cleo. Ella vaciló.

—Tráiganos dos copas, por favor —rogué.

—Ahora mismo.

Jeff estaba sentado frente a mí, con expresión preocupada, sin dejar de acariciar la enorme cabezota del tigre hexápodo. Yo esperé a que Cleo nos trajese las bebidas.

Reflexioné. Jeff era un chico discreto. Podíamos confiarle el secreto.

Así, pues, le conté todo lo que habíamos visto. Al terminar, Heenan nos miró alternativamente a ambos, con cara que expresaba claramente todo el pasmo que sentía.

—¿Es… cierto lo que ha dicho, profesor? —murmuró incrédulamente.

—El profesor no ha mentido un ápice, Jeff —declaró la chica.

—Estoy atónito… Eso parece increíble…

—Pero es absolutamente cierto —aseguré.

—Bien, si usted lo dice, profesor… No me parece que sea persona dada a contar fantasías. Sin embargo, ¿qué puedo hacer yo?

—Usted tiene amigos policías —manifesté—. La señorita Duncan encargaría el caso a una agencia detectivesca, pero un caso así costaría una suma de dinero de la que apenas dispone. Queremos, simplemente, que entre usted y sus conocidos, en los momentos que tengan libres, traten de averiguar el paradero del camión que se llevó todos aquellos aparatos del laboratorio. A donde fuera el camión, está la puerta —rematé.

Jeff asintió vigorosamente.

—Haré todo lo que pueda, profesor. Y mis amigos también —palmeó la cabeza del tigre—. «Toby», lo siento, pero tengo que

dejarte aquí. Mi madre no se ha repuesto todavía de la impresión.

—¿Es que no se ha creído lo del maniquí? —preguntó Cleo riendo.

—No está muy segura —sonrió Jeff, a la vez que se ponía en pie—. Bien, tendrán noticias mías lo antes que pueda.

Cleo y yo nos quedamos solos.

—Es un poco tarde ya —dije.

—¿Se marcha? —preguntó ella.

Suspiré.

—Sí. Es una lástima —murmuré.

—¿Por qué dice eso?

—Olvida que desempeño una cátedra en la Facultad —dije—. Necesito el sueldo, señorita Duncan.

Ella sonrió, a la vez que me tendía la mano.

—Me siento dichosa de haberle conocido… Ken —dijo.

—Para mí fue un placer, Cleo —contesté.

—No deje de venir a verme siempre que pueda —rogó ella.

—Se lo prometo —pasé la mano por el lomo del tigre—. Adiós, «Toby».

El animal ronroneó satisfecho. Miré a Cleo una vez más.

—Hasta la vista —me despedí.

—Hasta la vista, Ken —dijo ella suavemente.

* * *

La realidad, sin embargo, fue muy diferente. Los días pasaron con rapidez y yo, forzoso es decirlo, enfrascado en mis clases y en mis experimentos, casi llegué a olvidar aquel malhadado asunto.

No obstante, tuve tiempo de buscar, adquirir y leer el libro de Griatt, acerca de la pluralidad de mundos habitados y paralelos. Contenía teorías muy interesantes… pero ni una palabra acerca de la forma de construir una puerta de comunicación con esos mundos.

No era difícil apreciar que sus teorías le habían impulsado a construir la puerta, pero en el libro ni siquiera mencionaba tal posibilidad. ¿Acaso pensaba hacer de su invento una cosa rentable, que le llenase las arcas de dinero?

No me parecía un invento de explotación comercial. Más bien opinaba que era un sensacional experimento de física… física muy superior, ciertamente, pero sin otras aplicaciones prácticas. ¿De qué

nos serviría pasar a otro mundo, por muy acogedor que fuera?

Me acordé de la escena que habíamos visto con el filósofo instruyendo a sus alumnos al aire libre. Aquel parecía un mundo encantador… pero, ¿resistiríamos el trasladarnos a él desde el nuestro?

Había otra cosa que no conseguía explicarme. ¿Por qué, cada vez que abrimos la puerta, vimos un mundo distinto?

Eran muchas preguntas y yo no estaba en condiciones de contestar a una sola de ellas.

Solo tendría las respuestas cuando hablase con Griatt… si lo encontraba.

Así transcurrió cerca de un mes.

Veía a Jeff casi diariamente. Sus pesquisas y las de sus compañeros habían resultado nulas por completo.

Griatt había desaparecido. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra.

En todo aquel tiempo solo vi a Cleo un par de veces. Mi trabajo me absorbía la mayor parte de mi tiempo.

Cierta mañana, cuando menos lo esperaba, al salir de clase, un bedel me dio un mensaje.

—Por favor, profesor; llame a la señorita Duncan. Dijo que es urgente.

—Gracias, Mac —contesté.

Busqué una cabina. No tardé en ver en la pantalla el hermoso rostro de la joven.

—Ken, tengo noticias —dijo ella.

—¿Buenas, Cleo?

—Así lo espero. ¿Cuándo podrá venir a verme?

—Si fuese muy urgente, ahora mismo. Pero si pudiera esperar a que termine mis clases…

Cleo sonrió hechiceramente.

—No importarán ya unas horas más —dijo—. Venga después de su trabajo.

—De acuerdo.

El tiempo se me hizo larguísimo. Por fin, dicté mi última lección del día y, enviando un pretexto cualquiera al laboratorio, me escabullí rápidamente.

Media hora después, entraba en casa de Cleo. Un segundo más

tarde, estaba en el suelo, con «Toby» encima de mí.

—¡Qué afectuoso! —dije, mirando a Cleo por un costado del enorme animal.

Ella estaba en pie y sonrió.

—Le ha echado mucho de menos, Ken —contestó.

Al cabo de un rato, conseguí detener las efusiones del tigre. Luego me puse en pie y tomé las manos que ella me ofrecía.

—Está guapísima, Cleo —dije.

Y era cierto. Se había puesto un vestidito de color rosa, de un diseño moderadamente audaz, que la favorecía extraordinariamente. Era una estampa de frescura juvenil incomparable.

—Conseguirá que me ruborice, Ken —dijo sonriendo—. ¿Una copa?

—Noticias primero —solicité.

—Todo se puede compaginar, Ken —manifestó ella, dirigiéndose hacia el aparador de los licores—. ¿Sabe que es muy fácil que hoy mismo podamos conocer el paradero de Griatt?

—¿Se lo ha dicho Jeff?

Cleo sacudió la cabeza. Luego me entregó una copa.

—No —contestó—. Me lo ha dicho Tomkins, el guardián diurno de la fábrica. ¿Ve ese proyector cinematográfico que hay sobre la mesa?

Volví la cabeza. Hasta entonces no me había fijado en el artefacto.

—Sí —contesté—. ¿Qué sucede?

Cleo me miró por encima del borde de su copa.

—Hace unos días, empezaron los interventores judiciales a realizar un inventario total de la fábrica. Esta mañana llegaron a las cercanías de la caseta de control de la entrada. Entonces, Ben Tomkins se acordó de que, tiempo atrás, mi padre hizo instalar una cámara automática, que registraba todas las entradas y salidas de vehículos. En cierta ocasión, un proveedor demasiado vivo quiso estafarle, pretendiendo haber enviado más camiones de los que llegaron en realidad y…

—Voy comprendiendo, Cleo. ¿Qué más?

—Sencillamente, la cámara entraba en funcionamiento automáticamente en determinadas condiciones, que se cumplieron

cuando Griatt hizo pasar su camión para llevarse la puerta.

Capítulo IX

ME acerqué al oído de Cleo y dije:

—No intervenga; deje que yo lleve la voz cantante.

—De acuerdo.

Llamé a la puerta. Con la mano izquierda, acaricié el grueso rollo de billetes que Cleo me había entregado. Ahora sí era el momento de gastar el dinero.

Habíamos localizado, por medio del filme, la compañía a la cual había alquilado Griatt el camión. Un par de billetes nos habían hecho conocer el nombre y domicilio del conductor.

La puerta se abrió. Un sujeto de rostro no demasiado amable nos miró especulativamente.

—Hola —dijo—. ¿Qué quieren?

—Usted se llama Norman Broos —afirmé.

—Sí. ¿Qué más?

—Esta es Cleo Duncan —señalé a la chica, situada a mi derecha —. Yo me llamo Ken Zillian. Queremos hablar con usted, Broos.

El hombre nos miró recelosamente. Luego se echó a un lado.

—Pasen.

Cruzamos el umbral. Broos cerró de una patada y luego se dirigió a una mesa, donde tenía una botella. Había dos vasos y dos colillas humeaban en un cenicero. Sobre una silla divisé algunas prendas íntimas femeninas. Un zapato aparecía volcado debajo del diván.

Cleo lo vio también y enrojeció. Broos se llenó su vaso y nos miró con aire desafiador.

—Hablen —dijo—. Tengo prisa.

—Lo comprendo —respondí—. Bien, Broos, solo queremos saber adónde condujo usted un camión pesado desde la fábrica Duncan con unos aparatos, hace aproximadamente un mes.

Broos despachó de un trago el contenido de su copa.

—No sé nada. Soy amnésico —contestó desvergonzadamente.

Le enseñé unos cuantos billetes.

—Esta medicina cura la falta de memoria —dije.

El tipo se echó a reír.

—Es usted un pobretón, Zillian —manifestó.

—Ken, sospecho que Griatt le pagó bien por su silencio —intervino Cleo.

—¿Es cierto eso, Broos? —pregunté.

El tipo se llenó de nuevo la copa.

—¿Y qué? No es cosa que les concierna a ustedes —respondió de mal talante.

Saqué más billetes. Broos meneó la cabeza.

—Déselo todo —indicó Cleo.

—No se molesten —manifestó Broos cortésmente.

Guardé los billetes. De pronto, antes de que el sujeto pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, le solté un trompazo que le hizo dar dos vueltas por la habitación.

Broos cayó boca abajo, en el umbral de una puerta. Al otro lado se oyó un femenino grito de susto.

—¿Prefiere que le recompense de esta manera? —pregunté.

Broos se sentó en el suelo. Sacudió la cabeza y dijo:

—Aquel imbécil no me avisó que habría golpes —masculló—. Está bien, suelte la pasta y se lo diré.

Dejé caer dos billetes al suelo.

—Confórmese ahora con eso —dije.

Broos se puso en pie, tanteándose la mandíbula.

—Me está bien, por idiota —rezongó—. Bien, yo llevé el camión a un sitio que está situado al S.O. de la autopista 90, más allá de la milla 66. Nos metimos por un camino aislado y al cabo de unos dos kilómetros, detuve el camión. Los otros descargaron los aparatos, los metieron en un caserón que hay allí y…

—Describa el lugar —ordené.

El hombre lo hizo con todo lujo de detalles.

—Suficiente —dije a poco—. Vámonos, Cleo.

Cerramos la puerta. Broos se despidió de nosotros dedicándonos unos epítetos que no tenían nada de elogiosos.

—Espere un momento —exclamé de repente.

—¿Qué le pasa? —inquirió ella.

Abrí la puerta lentamente. Tal como me había supuesto, Broos se inclinaba en aquellos instantes hacia el visófono.

El tipo no se había dado cuenta de mi gesto. A la derecha tenía una especie de consola, sobre la que divisé una figurita de cerámica.

En silencio, agarré la figurita, tomé puntería y la arrojé contra la pantalla del visófono. Sonó un estampido y Broos saltó a un lado, lleno de pánico.

—Soplón —dije, y cerré la puerta.

Cleo me miró y se echó a reír.

—Es usted terrible, Ken —dijo.

—En medio de todo, Broos es leal a quien le pagó, pero a nosotros no nos conviene que Griatt conozca nuestras intenciones de asaltar su nuevo laboratorio.

—Tiene razón —aprobó Cleo—. ¿Llevaremos a «Toby»?

Reflexioné un poco.

—No estaría mal, como método de protección —contesté al cabo.

—Y de intimidación —agregó ella, colgándose de mi brazo. Me miró satisfecha—. Hice bien al elegirle, Ken.

—En eso estamos completamente de acuerdo —respondí.

* * *

Era más de medianoche. A la luz de una luna en menguante contemplamos el caserón que Broos nos había descrito tan bien. El lugar era agreste y solitario. Reinaba un silencio absoluto.

—Bien —murmuré—, ahí está la puerta.

—¿Iniciamos el asalto?

A nuestro lado, «Toby» gruñía sordamente. Cleo se dio cuenta de ello y lo acarició para calmarle.

—Vamos —dije—. Usted cuídese de tener a «Toby» a raya.

—Está bien.

Avanzamos hasta una puerta que vimos a nivel del suelo. Estaba cerrada con llave.

Había, sin embargo, ventanas en la planta baja. Tras unos segundos de indecisión, decidí romper uno de los cristales de un codazo.

—Somos sumamente imprevisores —murmuré—. Ni siquiera me he traído un diamante de vidriero…

El estallido del cristal hizo demasiado ruido. Pero no podíamos evitarlo.

Pasé al otro lado y terminé de abrir la ventana. Cleo se sentó en el alféizar y yo la cogí por la cintura para ayudarla a saltar al interior.

—No se aproveche de la ocasión, Ken —dijo maliciosamente, su esbelto cuerpo pegado al mío.

Le di un beso en los labios.

—Es tarde ya —contesté.

—Tipo fresco —murmuró ella. Pero se la veía complacida.

«Toby» saltó a continuación. Gruñía de nuevo.

—Sujételo —ordené.

De pronto, una voz imperativa sonó a corta distancia, a la vez que se encendían las luces.

—¡No se muevan o tiraré a dar!

Rápida como el pensamiento, Cleo agarró a «Toby» por un pliegue de la piel del cuello y contestó:

—Y yo, si no arroja el arma inmediatamente, le soltaré a este gatito, ¿estamos?

El hombre que había frente a nosotros, armado con un rifle, se puso a temblar.

—¿De dónde han sacado ese monstruo? ¡Quítenlo de mi vista…!

Yo avancé hacia él y le quité el rifle, sin recibir la menor resistencia. El tipo se sentó en una silla y se cubrió la cara con las manos.

—Debo de estar muy mal — gimió—. Un tigre gigante de seis patas… La cena me ha hecho daño…

—El tigre es real, pero no le hará daño, a menos que se muestre reacio a cooperar —declaré—. ¿Cómo se llama usted?

—Sillman, Hawari Sillman —contestó el acobardado individuo.

—¿Está usted solo? —preguntó Cleo.

—En estos momentos, sí. Mi compañero Softy se fue a la ciudad; estábamos hartos de este aislamiento…

—¿Dónde está Griatt? —quise, saber yo.

Sillman puso el índice en posición vertical.

—Arriba —dijo—. Lleva más de quince días sin salir para nada.

Cleo y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué hace en el piso superior? —preguntó ella.

—No lo sé. Nos tiene prohibido que le molestemos para nada. Nuestra única ocupación es vigilar esto… Le aseguro que nos aburrimos de veras…

—Pero les paga bien, ¿no? —dije.

Sillman hizo un gesto ambiguo.

—No tanto como creímos en un principio —respondió—. Es un tipo tacaño…

Cleo me hizo una señal con la mano, frotándose el índice y el pulgar. Yo saqué unos cuantos billetes.

—Dele más —dijo ella. Luego se dirigió a Sillman—. Tome ese dinero, váyase de aquí y no vuelva más. Dígaselo también a su compañero Softy, quienquiera que sea. Este edificio y todo lo que hay dentro, me pertenece. ¿Ha comprendido usted?

Sillman no era lerdo precisamente. Además, si estaba preparado para pelear con las personas, no lo estaba para enfrentarse a un tigre hexápodo de más de quinientos kilos de peso.

—No me lo repetirán dos veces —dijo.

Escapó como alma que lleva el diablo. Cleo y yo nos miramos y nos echamos a reír simultáneamente.

—¡Ahora divulgará lo de «Toby»! —dijo ella, cuando se hubo calmado nuestra hilaridad.

—Nadie le creerá. Todos pensarán que está bebido —dije—. Bueno, vamos al piso superior.

De pronto, Cleo me agarró por un brazo.

—Ken —dijo.

—¿Qué sucede ahora? —pregunté.

—Fíjese. Esta nave está absolutamente desierta.

Era cierto. Delante de nosotros se extendía un espacio totalmente vacío, de unos veinte metros de ancho por cincuenta de largo.

Solamente había una escalera de peldaños metálicos a la derecha y, al fondo, una especie de caseta encristalada. Al acercarme allí, vi que era un habitáculo destinado al alojamiento de

los guardianes del edificio.

En el suelo divisé, pintado en negro, un rectángulo de unos diez metros de largo por la mitad de anchura. Era todo lo que había en la planta baja.

—Subamos —dije al cabo de unos momentos.

Emprendimos la ascensión. La puerta, de metal, estaba cerrada.

Cleo me miró afligidamente. ¿Era que no íbamos a salvar aquel obstáculo?

—Llamaremos primero —indiqué.

Nuestras llamadas resultaron inútiles.

—Como no le apliquemos un cartucho de dinamita —dijo Cleo.

—Hay algo mejor y más a mano —declaré, acordándome del rifle.

Bajé a la planta y recogí el arma. Sillman había escapado sin ella, tal era el pánico que le había infundido «Toby».

Dos disparos bien hechos saltaron la cerradura. El paso quedó franco.

Cruzamos el umbral. El piso superior estaba desierto… pero solo de personas, no de aparatos.

Capítulo X

SIN embargo, había menos aparatos que en el laboratorio de la fábrica, teniendo en cuenta distinta utilidad de ambos locales. En este, no so necesitaban realizar investigaciones relacionadas con aleaciones metálicas. Simplemente estaba destinado al funcionamiento de la puerta.

Estaba allí, en el centro de la estancia, entre los dos grandes cajones que, imagino, debían de formar parte esencial de los mecanismos que provocaban la traslación instantánea a otra dimensión. El generador másico, con su cuadro de mandos, se hallaba a un lado.

Eso era todo. No había más… ni rastro de Griatt.

Durante unos momentos, permanecimos en silencio. Nos sentíamos lógicamente desconcertados,

—¿Dónde está? —preguntó ella.

Señalé hacia la puerta.

—Ahí, al otro lado —contesté.

—¿Cree usted…?

—Sillman lo ha dicho bien claro —respondí—. Lleva más de quince días en este piso, sin dejarse ver y con la orden de no ser molestado en absoluto. La puerta estaba cerrada por dentro y… ¿ve rastros siquiera de una cama, alguna alacena para guardar comida, un lavabo o algo por el estilo?

Cleo agitó su cabeza.

—Tiene razón, Ken —admitió—. Ha cruzado la puerta… pero, ¿en qué mundo se encuentra ahora?

—Si lo viésemos, podría responderle —dije, avanzando hacia la puerta.

Me detuve a un par de metros. Luego, de pronto, di la vuelta y la rodeé por el lado opuesto.

—¿Por qué antes estaba adosada a un muro y ahora queda en medio, aparentemente como una puerta de decoración teatral? —exclamó Cleo.

—En el otro laboratorio no tenía sitio suficiente —contesté—. La puso en el lugar más adecuado.

—Es posible. ¿Por dónde se entra, Ken?

—Creo que por los dos sitios —repliqué.

—Eso duplica las posibilidades.

—Nada más cierto —convine—. Sin embargo, creo que lo más lógico es entrar por el sitio natural que lo haría cualquiera, es decir, viniendo de la entrada.

Di la vuelta de nuevo y me situé ante la puerta. Cleo me puso las manos temerosamente en el brazo.

—Tengo miedo —dijo de pronto.

—¿Teme volver a encontrarse con aquel monstruo?

—A decir verdad, sí.

Agité el rifle.

—Ahora estamos armados —declaré.

—Hay mundos en los que ese rifle debe de ser como una honda en el nuestro.

—Olvida usted que una honda también puede partir un cráneo —contesté. Abrí la puerta, adelanté el pie izquierdo… y me detuve, balanceándome, con la pierna en alto.

Cleo lanzó un pequeño grito. Detrás de mí, «Toby» emitió un sordo gruñido.

Bajé la pierna. Sudaba. Un paso más y me habría precipitado en un abismo que no parecía tener fondo.

Vagamente me di cuenta que las luces habían desaparecido a nuestro alrededor. Solo teníamos la puerta delante de nosotros… la puerta que daba a un mundo de montañas altísimas, cielo azul y grandes nubes blancas.

Apenas cinco centímetros del umbral, el suelo fallaba y caía verticalmente durante más de trescientos metros. Asomé un poco la cabeza y sentí vértigo.

Abajo, tan distante que parecía una delgada cinta de plata, corría un río al pie del enorme risco. Frente a nosotros, se extendía una llanura accidentada, torturada, surcada por infinidad de grietas y barrancos, con elevados monolitos procedentes de la erosión del viento y de las aguas durante cientos o tal vez millares de siglos…

Aves enormes volaban lentamente a lo lejos, muy alto. La distancia impedía identificarlas. ¿Águilas? ¿Buitres?

Retrocedí un paso.

—Por aquí no podemos seguir —dije.

Cleo asintió. Estaba muy pálida.

—Probemos otra vez —sugirió.

Cerré la puerta. «Toby» se tendió apaciblemente en el suelo.

Las luces recobraron su resplandor habitual. De nuevo habíamos vuelto a nuestra dimensión.

—Ken, ¿qué es lo que produce tales efectos? —preguntó ella.

—No estoy seguro —contesté—. Probablemente se trata de una distorsión del campo espacio-temporal, basada, primero, en un suministro constante y elevadísimo de energía, facilitada por el generador másico y luego…

Señalé los dos cajones elevados, que flanqueaban la puerta.

—El secreto está ahí —indiqué.

—Sí —admitió Cleo.

—Y yo me siento incapaz de desvelarlo —afirmé.

—No le pido tanto. Me conformo con que encuentre a Griatt.

—Haré lo que pueda. Ahora yo tengo tanto interés como usted.

Abrí la puerta de nuevo. Súbitamente, «Toby» rugió.

Una espesa floresta apareció ante nosotros. Parecía una selva de la Era Secundaria.

Oímos a lo lejos un rugido. «Toby» dio un salto, atravesó la puerta, galopó por entre la vegetación y desapareció bien pronto de nuestra vista.

Cleo y yo nos miramos, profundamente desconcertados. Al fin creí hallar la explicación.

—Ha vuelto a su mundo —dije.

Ella suspiró.

—Sí. Y no se le puede reprochar. Jeff lo sentirá tanto…

—Le echaremos de menos, pero, créame, nos habría proporcionado muchos quebraderos de cabeza.

—Tiene razón —convino la joven—. ¿Exploramos esta selva prehistórica?

—Hablando francamente, no tengo ganas de encontrarme con monstruos antediluvianos, Cleo. Me gustan los mundos parecidos al nuestro.

—Entonces, cierre de nuevo.

Obedecí. Al cabo de unos instantes, volví a abrir.

Cerré una vez más. La ventisca nos azotó las caras.

—Nada por aquí —dije.

Una vez más, volví a cerrar y a abrir. Ahora vimos un amable paisaje, aunque no el del mundo parecido a la Grecia antigua.

Había campos y colinas llenos de verdor, un lago y algunos ríos. A lo lejos se divisaba una cordillera con las cimas cubiertas de nieve.

—¿Cruzamos ahora? —preguntó Cleo.

—Estimo que podemos hacerlo, pero…

Saqué del bolsillo un grueso rollo de hilo fuerte.

—Recuerde, la puerta desaparece a diez o doce metros de distancia —dije.

—Es verdad. Me agrada la precaución.

Cleo atravesó el umbral. Yo la seguí y cerré la puerta.

—Parece mentira —murmuró ella—. En un segundo, nos hallamos en un mundo situado tal vez a miles de años luz de la Tierra… acaso en una galaxia distinta a la nuestra…

Yo no contesté. Estaba muy ocupado cortando una rama de un árbol próximo, con la cual hice una estaca que profundamente en el suelo.

A continuación, até el extremo del hilo a la estaca. En la mano izquierda conservaba el ovillo.

—Ya podemos caminar —dije.

Avanzamos rectamente una veintena de pasos. Cleo se volvió.

—La puerta ha desaparecido, Ken —dijo.

Giré la cabeza.

Estábamos en la cumbre de una pequeña loma, de contornos redondeados. No había el menor rastro de puerta… ni de caserón… ni de la autopista situada a dos kilómetros y por la que, en aquellos momentos, circulaban centenares de automóviles con las luces encendidas.

Hacía sol, soplaba una suave brisa y el ambiente estaba lleno de aromas de plantas y flores silvestres. Unos pájaros cantaban en las cercanías.

Avanzamos sin demasiadas prisas. Cleo se ocupaba de desenvolver el ovillo de hilo. A los doscientos metros, se acabó.

—Ya no hay más, Ken —dijo.

Miré a mi alrededor. Estaba memorizando puntos distintos del paisaje, para saber adónde teníamos que volver para encontrar el extremo del hilo que nos devolvería a la puerta.

A poca distancia divisé un trozo pedregoso. Empecé a reunir piedras hasta formar un pequeño monolito, situado al pie de la pendiente. Tomé nota de la hora y de la altura del sol en aquellos momentos, así como de la longitud de la sombra de unos árboles cercanos.

—Estoy seguro de identificar el lugar a nuestra vuelta —manifesté cuando hube terminado.

—Una saludable precaución —aprobó Cleo con una sonrisa—. ¿Continuamos?

Cerca de allí divisamos un arroyo, que cruzamos simplemente con mojarnos los pies. Un animal parecido a una gacela apareció repentinamente, nos miró y luego huyó dando enormes saltos.

Una hora después, nos detuvimos en lo alto de una colina, desde la que se divisaba un extenso panorama. Cleo señaló con la mano hacia lo lejos.

—Me parece ver una ciudad, allí, al pie de la cordillera…

La transparencia de la atmósfera era absoluta. La cadena montañosa parecía hallarse más cerca de lo que estaba en realidad. Creo que la distancia no bajaba de los cincuenta kilómetros.

Cleo tenía razón. En la llanura que había al pie de la cordillera se divisaba una vasta aglomeración urbana. La mancha de color distinto al suelo lleno de verdor no permitía engaño alguno al respecto.

—No llegaremos hoy —dije.

—¿Tenemos prisa? —preguntó ella.

—Lo que no tenemos es provisiones ni equipo adecuado. ¿Por qué no regresamos a equiparnos debidamente?

—¿Está seguro de acertar con este mundo a la vuelta? —preguntó Cleo.

—Podríamos dejar la puerta entreabierta…

De pronto, ella lanzó un agudo grito.

—¡Mire, una bandada de pájaros, Ken!

Seguí con la vista la dirección de su brazo. Un numeroso grupo de puntitos negros se dirigía hacia nosotros, volando a unos centenares de metros del suelo.

—Cuidado —dijo Cleo—. Pueden ser aves de rapiña.

—No —contesté, tras unos segundos de reflexión.

—¿Por qué dice eso?

—Cuando las aves vuelan en bandadas, observan una formación peculiar. Recuerde las bandadas de patos migratorios, por ejemplo.

—Sí, desde luego… pero eso se refiere a grupos relativamente pequeños. Cuando las aves que emigran son millares, la bandada no observa formación alguna.

—La que tenemos frente a nosotros no pasa de los cincuenta individuos. Tendrían que volar en formación triangular, con el jefe en cabeza, conduciendo a la bandada —dije obstinadamente.

—En todo caso —contestó ella—, será mejor que observemos ciertas precauciones. Si son pájaros feroces, estaremos mejor debajo de ese árbol. Su copa nos protegerá, Ken.

—En eso tiene usted razón —convine.

El árbol era enorme y su copa tenía una circunferencia de más de treinta metros. El grosor del tronco guardaba las proporciones correspondientes.

Nos refugiamos bajo la copa. La bandada de pájaros continuaba su vuelo.

De pronto, vi algo que me llenó de estupefacción.

—¡Cleo, no son pájaros! ¡Son… seres humanos!

Capítulo XI

CLEO me miró consternada.

—¿Qué hacemos, Ken?

—Arriba —dije resueltamente—. Entre el ramaje nos esconderemos mejor.

Momentos después, estábamos refugiados entre el follaje. Desde allí divisamos al grupo de individuos que venían volando hacia nosotros en los más extraños aparatos que habíamos soñado ver jamás.

A primera vista, parecían jinetes sobre caballos voladores. La ilusión era casi perfecta hasta que se veían más de cerca.

Los aparatos, desde luego, tenían una forma muy aproximada a la de un caballo, aunque sin patas. Por la parte delantera se prolongaban en un cuello alto, rematado en una especie de cabeza de forma ovoidea y por la parte posterior tenían una forma semiesférica.

En realidad, más bien parecían una redoma o botella antigua, puesta en posición horizontal. Aunque tenían cierto brillo, no parecían estar hechos de metal, sino de alguna sustancia plástica con la suficiente consistencia para soportar el peso del jinete y de la maquinaria contenido en su interior.

Los jinetes vestían de una forma singular: una especie de túnica brillante, de manga corta, pantalones hasta debajo de la rodilla y un ancho cinturón de metal. Llevaban un casco semiesférico, muy ajustado al cráneo y rematado por un saliente longitudinal en forma de media luna adherida al casco. En la mano derecha empuñaban

sendas lanzas, de una longitud desmesurada.

Tenían la mano izquierda extendida, muy cerca de la cabeza del supuesto caballo volador. Luego pude apreciar que con ella gobernaban las evoluciones de su aparato. Para sujetarse mejor al mismo, disponían de una especie de silla de montar, anatómicamente conformada y con un alto respaldo que les servía asimismo de protección.

Eran más de cincuenta, desde luego, y apenas llegaron a las proximidades del árbol, formaron dos espesos círculos y empezaron a volar a nuestro alrededor.

—Nos han visto, Cleo —susurré.

Ella se apretó instintivamente contra mí.

—¿Pensarán darnos muerte?

Sus lanzas no eran ninguna visión tranquilizadora. Y el silencio en que se movían, menos todavía.

Los jinetes volantes dieron media, docena de vueltas en torno al árbol. Por un momento, llegué a creer que acabarían por marcharse y dejarnos en paz.

De pronto, detuvieron su vuelo y se agruparon todos en un mismo lado, hacia la ciudad; Oí un grito estridente y cincuenta finísimos cables metálicos partieron a la vez de los pechos de los caballos.

Cleo se apretujó aún más.

—Ken, ¿qué van a hacer?

Los cables se enrollaron en el tronco del árbol. De nuevo sonó la misma voz.

Los aparatos arrancaron a un tiempo. Se oyó un atroz crujido y el árbol quedó desarraigado de golpe.

Cleo y yo fuimos atrozmente sacudidos. A pesar de nuestros esfuerzos, no pudimos continuar agarrados y salimos despedidos de la rama en que nos hallábamos.

Rodamos por el suelo herboso que, afortunadamente, paró buena parte del impacto. El árbol se elevó por los aires un centenar de metros y luego, a la vez, todos los cables se aflojaron y desaparecieron de nuevo en el interior de los aparatos. El árbol cayó con gran estrépito.

Cleo y yo, pero sobre todo ella, habíamos quedado aturdidos a consecuencia de la caída. Cuando me repuse un poco, me incorporé

y busqué mi rifle con la vista.

Algo cayó silbando desde el aire. La culata de madera del arma quedó limpiamente atravesada por la hoja de una lanza de más de tres metros de longitud.

A cuatro pasos de distancia, el jefe de aquellos temibles guerreros me miraba torvamente. De pronto, alzó la mano y gritó algo en su idioma.

Veinticinco cables de acero se enroscaron en torno a mi cuerpo casi instantáneamente, impidiéndome el menor movimiento. Otros tantos apresaron a Cleo.

Sonó una nueva orden. Cleo gritó al sentirse suspendida en el aire.

Yo forcejeé un poco. Pronto descubrí que mis esfuerzos resultaban estériles.

El suelo se alejó de nosotros con grandísima rapidez. El jefe recogió su lanza, arrojó el rifle a un lado con gesto despectivo y se puso a la cabeza de las dos formaciones.

Una vez estuvimos en el aire, el jefe, haciendo que su caballo volase hacia atrás, se situó frente a mí. Tenía en la mano un tubito, con el que me lanzó un chorro de gas a la cara.

El conocimiento huyó de mí instantáneamente.

* * *

Desperté en una cómoda y casi lujosa habitación, amplia y espaciosa, en la cual divisé otro lecho.

Cleo estaba tendida en la cama. Dormía profunda y sosegadamente, según pude apreciar.

La estancia no tenía ventanas de ninguna clase. Solo las dos puertas, una de las cuales, vi momentos después, daba a un cuarto de baño.

Un tenue silbido me indicó que el aire era renovado periódicamente. Abrí el grifo del lavabo y bebí un poco de agua.

Había toallas. Mojé una y regresé a la habitación.

Unas gotas de agua revivieron a Cleo. Ella me miró, todavía tendida, con ojos turbios.

—Ken…

—No se preocupe —dije, esforzándome por sonreír para animarla—. Por ahora estamos bien.

—Sí, pero ¿dónde?

—En la ciudad que vimos desde las colinas, no cabe la menor duda. Vaya al lavabo y refrésquese la cara; se sentirá mejor.

Cleo se sentó en la cama.

—Sigo teniendo miedo —dijo.

—El hecho de confesarlo ya indica valentía —contesté—. No se apure; saldremos de esta.

Ella se mordió los labios.

—Cuando me vi atada, suspendida en el aire, yo… —puso una mano en mi brazo—. Ken, ¿qué haremos?

Señalé hacia la otra puerta.

—No podemos escapar —respondí—. Debemos tener paciencia.

—Me gustaría ser tan valiente como usted —murmuró.

—Verá, Cleo, yo lo hago porque no me queda otro remedio. ¿De qué me serviría desesperarme y dar cabezadas contra la pared?

Ella sonrió.

—Sí, tiene razón, Ken. Gracias por sus palabras —apretó mi brazo cariñosamente y luego se dirigió hacia el lavabo.

Yo me senté al borde de una de las camas. Por fortuna, nuestros captores no nos habían registrado. Tenía tabaco y una nueva pipa y el humo pareció mejorar mis ideas.

Cleo salió a poco.

—Ken, ¿qué opina usted? ¿Abrigan estos seres intenciones hostiles hacia nosotros?

—No puedo decir nada —respondí—. Su actitud, al capturarnos, fue todo menos amistosa.

—Quizá quieran matarnos…

—Ya lo habrían hecho en el acto —objeté—. De lo que no hay duda es que nos han encerrado con algún fin que no acertamos a adivinar todavía. Solo nos resta tener paciencia.

Cleo se sentó frente a mí y suspiró.

—Paciencia —repitió—. ¡Es tan fácil decirlo!

Hubo una corta pausa de silencio.

—Es curioso, Ken —dijo luego—. Estamos aquí, a cincuenta kilómetros de la puerta y, sin embargo, tal vez a miles de millones de kilómetros de distancia, en otra dimensión cuyo alcance total no alcanzamos a comprender. A veces —añadió—, me pregunto si Griatt no habrá sido como el aprendiz de brujo, que desató todos los

males y luego no pudo contenerlos.

—Es posible, pero también puede ocurrir que de esta puerta que permite el acceso a tantos mundos puedan derivarse muchos beneficios. ¿Por qué no se tiende a dormir un poco? —sugerí de pronto.

Ella meneó la cabeza.

—No tengo sueño —contestó.

—Es curioso —dije—. Yo tampoco… y eso que llevamos toda la noche sin dormir…

—¿Usted cree? Mire la hora, por favor.

Bajé la vista hacia mi reloj de pulsera. Eran las seis.

—¿De la mañana o de la tarde? —pregunté.

—De la tarde —afirmó Cleo—. Recuerde que cuando cruzamos la puerta habían dado ya las tres de la madrugada.

Asentí pensativamente.

—Sí, me siento fresco y descansado. En nuestro mundo, cuando hice las anotaciones para poder volver, eran ya más de las cuatro.

—Los guerreros volaban a cincuenta o sesenta kilómetros por hora, cuando más —calculó ella—. Eso da otra hora para llegar a la ciudad, mas el tiempo empleado para traernos hasta nuestro encierro. Por tanto, hemos dormido doce horas.

—El narcótico —afirmé sin lugar a dudas.

—Sí —Cleo inspiró profundamente—. Lo mejor de todo es que no ha dejado secuelas perniciosas. Yo no noto nada.

La puerta se abrió de pronto, interrumpiéndola. Cleo y yo nos pusimos en pie.

Un hombre de expresión sonriente penetró en la estancia. Al otro lado de la puerta vi a dos soldados armados con largas lanzas.

Aun sin conocerle personalmente, adiviné en el acto la identidad del sujeto. La exclamación de Cleo corroboró mis suposiciones.

—¡Griatt! ¡Birg Griatt!

Era un sujeto de unos cincuenta años, de buena estatura, sin ser demasiado alto, que habría tenido un aspecto corriente a no ser por una sonrisilla, de irónica superioridad que flotaba en sus labios.

Griatt vestía normalmente, una especie de blusa de laboratorio, de color claro, debajo de la cual llevaba el resto de la indumentaria, que no tenía nada de fantástica. Con las manos en los bolsillos de la bata nos miró y sonrió.

—Griatt, sí, el mismo —dijo, como respuesta a la exclamación de Cleo—. Este caballero que te acompaña, supongo, es el profesor Zillian.

—Tengo ese honor, en efecto —contesté.

—He oído hablar algo de usted —manifestó Griatt—. Un joven prometedor… hasta que se le ocurrió meterse en ciertos jaleos de los cuales hubiera hecho mejor en apartarse a mil leguas de distancia.

Capítulo XII

DESPUÉS de aquellas palabras, se produjo un consternado silencio en la estancia.

Cleo miró a Griatt con expresión incrédula.

—No hablará en serio, ¿verdad? —dijo al cabo.

—Hay cosas con las que no se puede bromear —respondió el científico—. Esta es una de ellas.

—¿Piensa hacer que nos maten?

Yo había hecho la pregunta. Griatt volvió los ojos hacia mí.

—Los habitantes de este mundo son extremadamente xenófobos —contestó con acento lleno de intención.

Cleo lanzó un profundo gemido.

—¿Va a permitir que nos asesinen?

—Lo siento. No está en mi mano conservar sus vidas… ni tampoco lo haría, aunque pudiese.

—Hablando claramente; somos dos estorbos para usted —dije.

—Es la frase adecuada —reconoció Griatt cínicamente.

Hice que mi mente trabajara a toda presión.

—Algunos, ya lo ve, tenemos en la sangre el espíritu de aventuras —dije.

Griatt sonrió de nuevo. Alzó una mano y uno de los guerreros cerró la puerta.

—Ya no lo puedo remediar… —pero antes de que pudiera seguir, le interrumpió Cleo con gran vehemencia.

—¡Griatt! ¿Dónde estamos? ¿Qué es lo que piensa hacer con nosotros? —inquirió.

El hombre la miró largamente. Luego, con deliberada lentitud, respondió:

—Lo siento, pero ya no volverán al mundo del que salieron.

Debía hallar algún medio para solucionar una situación tan crítica.

—Al parecer —añadí—, la xenofobia no reza con usted.

—No, al contrario, soy altamente apreciado aquí —Griatt volvió a sonreír—. Les he hecho conocer algunas cosas que ignoraban y ellos, en cambio, me han hecho aprender muchísimas, algunas de las cuales no tenía la menor idea. ¿Se fijaron en los caballos volantes que montaban los guerreros que les capturaron?

—Sí —contesté—. ¿Qué clase de motor emplean?

Los ojos de Griatt brillaron extrañamente…

—La clase de motor que el hombre ha buscado inútilmente durante los últimos años: antigravedad. Silencioso, fácil de manejo y sin emisión de humos ni radiaciones nocivas. El motor ideal, profesor.

—Asombroso —murmuré.

—Hay en este país muchísimas más cosas que le causarían un mayor asombro —declaró Griatt—. Lástima que no pueda conocerlas todas.

—Usted las está aprendiendo, a lo que parece —terció Cleo.

—En efecto. Mi estancia resulta sumamente instructiva… y provechosa.

—Eso puede explicar sus prolongadas ausencias —dijo ella.

—Sí, lo explica —admitió Griatt sin esbozo.

—¿Explica también el intento de secuestro de que fui objeto?

Griatt sonrió.

—Querida Cleo, antes dije que era un estorbo y no me retracto. De cuando en cuando, debo volver a nuestro mundo. Llevo cosas desde aquí e importo otras que son necesarias en mi proceso de… intercambio. Con usted allá, reclamándome continuamente algo que no podía concederle…

—El dinero que me estafó —dijo Cleo indignadamente.

Griatt no se inmutó.

—Lo necesito aún para mis compras —dijo—. Más adelante, sin embargo, seré infinitamente más rico.

—Cuando patente el motor antigravedad —intervine.

—Exactamente —sonrió él—. ¿Se imagina las fabulosas cantidades de dinero que recaudaré por los derechos de patente que me pagarán quienes deseen construir motores antigravitatorios? Pero todavía hay más.

»En este mundo se han descubierto drogas y medicinas maravillosas… una de ellas, por ejemplo, provoca el crecimiento de un miembro amputado; no es necesario un trasplante, sino, simplemente, un período de tiempo de aplicación de la droga, al cabo del cual, el miembro perdido se ha regenerado del todo…

—Vamos, que se va a convertir en un Creso —dijo irónicamente.

—Algo más —declaró, con ojos brillantes—. Me convertiré en el fundador de un imperio que no tendrá rival en la historia. Oh, por supuesto, nada de rey del mundo o tonterías por el estilo; los asuntos de gobierno quedarán en mano de los imbéciles profesionales de la política…

—Los cuales, sin embargo, bailarán al son que usted les toque.

Griatt sonrió.

—No necesitaré tocar ningún son —dijo—. Ellos mismos bailarán sin que yo se lo pida; caminarán sobre las manos solo conque yo insinúe la intención… los bancos mundiales estarán a merced de mi capricho o de mi buen humor, alteraré a mi gusto la moneda que me agrade o me sea antipática…

—¡Ta, ta, ta! —dije con soma—. Ese es el cuento de la lechera… y cuando menos lo espere, se le romperá el cántaro.

—En todo caso, usted no lo verá romperse —aseguró Griatt.

—No siente afirmaciones de las cuales no pueda estar seguro —le desafié.

—¿Que no? —se echó a reír—. Mañana serán conducidos ante un tribunal, que les juzgará como espías del planeta rival… ¿No sabían que este planeta tiene otro rival, con el que están enzarzados en una guerra sorda y sin cuartel? No hay grandes luchas, no hay batallas campales… pero cuando pescan a un agente enemigo, lo eliminan rápida y eficientemente. Es una guerra digamos más bien técnica; cada planeta trata de conocer los secretos científicos del otro y viceversa.

—Voy entendiendo —dije—. Pero a usted no le han ejecutado.

Griatt se echó a reír.

—¡Oh! Vine preparado… no porque fuera este planeta, sino para

entablar relaciones con cualquier ser inteligente con el que me encontrase después de traspasar mi puerta. Así, pues, cuando me sorprendieron los primeros soldados de este mundo, me los metí en el bolsillo en un instante… Ganarme la voluntad de sus superiores, de los gobernantes fue luego la cosa más sencilla del mundo.

—¿Qué hizo? —indagó Cleo, llena de curiosidad.

—En este planeta —respondió Griatt—, pese a su avanzadísima civilización, desconocen en absoluto lo que es el alcohol.

—¡Oh! —exclamó ella.

—¿Qué hacían los exploradores terrestres en tiempos remotos? Llevaban baratijas para intercambio… y también daban alcohol a los indígenas. ¿Recuerdan el camión en que mudé la puerta y sus aparatos complementarios?

Hice un signo de asentimiento.

—Demasiado camión para, relativamente, demasiada poca cosa —manifesté.

—Exacto. Pero todo lo que no estaba ocupado por la puerta y los aparatos complementarios, estaba atiborrado de botellas de todas clases.

—Oiga —dijo Cleo—, este planeta es tan grande como la propia Tierra. ¿Quiere decirme que con un camión de botellas tuvo para contentar a todos?

Griatt sonrió maliciosamente.

—He olvidado —dijo, pero con acento de mentir maliciosamente —, citar uno de los inventos más importantes de este mundo paralelo: el reproductor, copiador o como quieran llamarle. Es un aparato que reproduce cualquier cosa con absoluta exactitud y fidelidad en la forma, composición, olor, sabor…

—Y tratándose de vinos, transparencia también —agregó mordazmente.

—Justo, mi querido profesor. En el camión traje muestras de los principales vinos y licores que se elaboran en nuestro mundo, sin olvidar, por supuesto, la refrescante cerveza. ¡No pueden imaginarse el éxito que estoy teniendo con el reproductor que me asignaron!

Cleo le miró horrorizada.

—Estos habitantes podrán tener sus defectos, pero no merecían que se les aficionase a un vicio tan funesto —dijo.

Griatt se encogió de hombros.

—¿Iba a pagarles con billetes de banco? Confieso que traje las primeras botellas con ánimo amistoso, pero cuando vi que ni siquiera sabían lo que era el alcohol… y me di cuenta del aprecio que le mostraban, me di cuenta de que ahí, precisamente, estaba mi solución —soltó una fuerte carcajada—. Cuando paseo por las calles, arrojan flores a mi paso.

—Las flores de los devotos de Baco —dije ceñudamente.

Griatt se encogió de hombros.

—Oiga, yo estoy tratando de conquistar este mundo… prácticamente lo he conquistado, y también de conquistar la Tierra. Los colonizadores del pasado, ¿tenían escrúpulos? El que los tuvo, se quedó en casita… y el que dejó los escrúpulos a la espalda, se enriqueció, eso es todo.

—Así, pues, usted no trabajó por la ciencia pura, sino por enriquecerse —dijo Cleo.

—Mire, preciosa, todo investigador trabaja, si no estrictamente por el dinero, por los beneficios que pueda recibir de su labor. Sí, ya sé que me dirá que muchos trabajan por la ciencia pura… pero, ¿quién rechaza luego honores y recompensas, que muchas veces no son meramente honoríficas? A mí me pasó algo por el estilo, pero cuando vi las perspectivas que se me ofrecían, pensé que no podía desaprovechar en modo alguno la ocasión.

—Todo eso son sofismas —rezongué.

—Llámelo como quiera, profesor —contestó Griatt—. De todos modos, poco daño podrán hacerme ya. Es una lástima… pero no puedo permitir que vuelvan allá.

—Y… la puerta, ¿seguirá en el mismo sitio? —inquirió Cleo.

—Desde luego, porque todavía tengo que traer y llevar muchas cosas. Quizá, más adelante, la clausure… pero, por ahora, la necesito todavía.

Hice un movimiento con la cabeza.

—Hermosos sueños, Griatt —dije.

—Nada de sueños, realidades —protestó el individuo.

—Sueños, sueños… —insistí—. Y yo puedo despertarle en el acto, si así lo quiero.

Griatt me miró despectivamente.

—¿Cómo? —preguntó.

—Yo también vine prevenido —dije. Le apunté con el tubo de mi pipa—. No es una pipa, sino una pistola… ¡y le mataré si no obedece exactamente lo que le diga!

Griatt respingó.

—Eso no es…

Crispé la mano, a la vez que alargaba el brazo y le apuntaba recto a la frente.

—¿Quiere comprobarlo? —dije—. Puesto que, según usted, vamos a morir, poco me importa llevármelo por delante. Solo hay una bala, profesor, de pequeño calibre, aunque lo suficiente para perforarle el cráneo.

Griatt palideció horriblemente.

—Era… una broma… —tartamudeó.

—Yo no hablo en broma, Griatt —dije duramente. Por encima del hombro, me dirigí a la muchacha—: Cleo, haz todo lo que yo te diga puntualmente.

—Sí, Ken —contestó ella.

Fijé los ojos en el individuo.

—Griatt, usted ha aprendido el idioma de este mundo, ¿no es cierto?

—Sí… Es fácil.

—Mejor. Escuche esto… y óigame con toda atención. Cleo y yo somos dos personas desesperadas… ya no nos importa nada, así que figúrese si su vida nos importará bien poco. Ponga atención… y no se desvíe un solo momento de lo que yo le diga, porque, al primer movimiento sospechoso que aprecie en usted… ¡le saltaré la tapa de los sesos!

Griatt estaba lívido. El tono de mi voz y la expresión de mi cara le indicaron que yo no bromeaba en absoluto.

Su nuez subió y bajó espasmódicamente.

—E… está bien —dijo—. ¿Qué es lo que quieren?

—Su ayuda para volver a nuestro planeta —contesté.

—Pero… no pueden salir de aquí…

Apoyé la boquilla en su frente.

—Entonces, usted tampoco saldrá —dije con voz llena de firmeza.

—Lo haré… lo haré… —manifestó precipitadamente—. Pero… quite ese trasto de mi cabeza…

—Ni lo sueñe, al menos, hasta que estemos en seguridad.

—Si salimos de aquí y los soldados le ven con eso en la mano, recelarán…

—Ken, Griatt tiene razón en ese punto —intervino la muchacha.

Reflexionó un momento.

—Está bien. Guardaré la pistola… No, mejor me la pondré en la boca… Fíjese, Griatt, vea lo fácil que es quitármela y apuntarlo a la cabeza. ¿Se da cuenta?

—Sí, ya lo veo.

—Entonces, andando. Condúzcanos a un sitio desde el cual podamos iniciar el regreso… y piense en su vida de millonario.

Capítulo XIII

DEVORADO por la rabia, Griatt llamó a la puerta. Uno de los soldados abrió inmediatamente.

Griatt le dijo algo. El soldado asintió.

—Vengan —murmuró Griatt a continuación.

Abandonamos nuestro encierro, situándonos a ambos lados de Griatt, yo a su derecha. Los guerreros caminaron impasibles detrás de nosotros.

No había luces en el edificio; solo un resplandor difuso que parecía provenir de todas partes al mismo tiempo. Permitía una fácil visión y no dañaba en modo alguno a la vista.

—Otro invento que pasará a su poder, ¿eh, Griatt? La luz difusa, sin lámparas ni… ¿cómo funciona este sistema de iluminación?

—Partículas luminosas de la misma atmósfera —contestó el hombre parcamente.

—No está mal —aprobé.

El edificio tenía una construcción estrictamente funcional y parecía hecho de un material semejante al granito, aunque de tonos rojizos no muy acentuados. Vagamente semejaba una construcción de estilo egipcio, pero sin los frisos pintados en los muros, que se veían absolutamente desnudos.

—A lo que parece, estos tipos no conocen el arte de la decoración —dije.

—Ni siquiera conocen la pintura —declaró Griatt.

—Otro elemento más para sus intercambios, ¿verdad? —dijo Cleo cáusticamente.

Griatt apretó los labios. Acometimos una escalera de diez peldaños, la cual terminaba en un amplio, rellano de sección cuadrada, que no parecía tener salida.

—Esto no da a ninguna parte —rezongué.

—Aguarde.

El rellano nos contenía a los cinco cómodamente. Griatt acercó una mano a la pared y el suelo se elevó con singular suavidad.

—¿Antigravedad? —pregunté.

Griatt movió la cabeza afirmativamente. Aquel original ascensor penetró en un tubo de sección cuadrada, por el cual subimos cosa de unos cincuenta metros.

Al salir afuera, nos encontramos en lo que parecía la vasta plataforma de un gran torreón cuadrado, desde el cual se divisaba una esplendente vista de la ciudad.

¿Qué mundo era aquel, cuya noche estaba alumbrada por cuatro lunas de brillantes resplandores? A nuestras espaldas, casi abrumándonos con su inmensa mole, teníamos la cordillera, cuyas cimas nevadas parecían acuchillar el cielo y aun penetrar en su interior. El blanco de la nieve parecía plata pura.

La ciudad estaba sumida en un silencio total.

Por lo que pudimos apreciar, la gente allí se recogía muy temprano. Solo se veían unos cuantos de aquellos extraños aparatos volantes con vaga forma de caballo.

En un ángulo de la torre había un centinela, apoyado en su lanza. Cerca de él, en perfecta formación, divisamos dos docenas de vehículos voladores. Griatt se paró y nos dijo:

—¿Y bien?

—¿Conoce usted el funcionamiento de esos aparatos? —le pregunté.

—Por supuesto —contestó orgullosamente—. Pero el centinela no les permitirá tocarlos siquiera…

—Deje eso de mi cuenta —le interrumpí. Entre dientes, agregué —: Cleo, prepárate.

—Sí, Ken —contestó ella animosamente.

Griatt me miró intrigado, escudriñando con ansia en mi rostro. Yo me volví y me acerqué a uno de los guerreros, a la vez que señalaba hacia arriba con la mano izquierda.

El hombre cayó en la trampa y levantó la mandíbula. Era todo lo

que necesitaba para propinarle un formidable derechazo, que lo tumbó en el acto.

Su compañero respingó por la sorpresa. Antes de que pudiera reaccionar, la lanza del caído había pasado a mi poder.

Era un arma no demasiado ligera que digamos. Con el astil le golpeé primero en el estómago y luego, al curvarse hacia adelante, en la nuca.

—Cuidado, Ken —advirtió Cleo—. Todavía queda uno.

El otro centinela estaba atónito. Hallábase a unos quince pasos de distancia y no sabía qué hacer.

De pronto, le vi enristrar la lanza y cargar hacia mí. Yo le esperé a pie firme y cuando el hierro parecía ir a penetrar en mi estómago, hice un hábil quiebro y esquivé el golpe.

El guerrero continuó su marcha, debido al impulso que llevaba. Cleo, oportuna, le puso la zancadilla.

Cayó de bruces. Cuando se incorporaba, el cabo de mi lanza le golpeó en la nuca.

Miré a Griatt.

—El campo está despejado. ¿Cómo se manejan esos caballitos?

—Yo…

Apoyé la punta de la lanza en su pecho.

—Griatt, mi pipa no sirve más que para fumar, pero esta hoja le traspasaría el cuerpo como si fuese de mantequilla. ¡Andando!

Griatt ardía de ira interiormente, pero no podía hacer otra cosa que resignarse a obedecer. Nos acompañó hasta uno de los vehículos y señaló una especie de barra cilíndrica, un tanto curvada, que sobresalía de la parte superior… lo que hubiese sido la parte posterior del cráneo de un caballo.

—Ese es el mecanismo de dirección —indicó—. Según lo mueva en un sentido o en otro, el aparato volará en una u otra dirección. Hacia arriba, ascender; hacia abajo, perder altura.

—¿Y la velocidad? —preguntó Cleo.

—Por la simple presión de la mano en la barra —señaló una especie de interruptor que el mango tenía en su extremo—. Ese botón pone en funcionamiento el motor antigravitatorio.

—¿Qué velocidad puede alcanzar? —indagué.

—Depende del piloto —contestó él—. Prácticamente, ilimitada, aunque la resistencia del aire al avance…

—Suficiente —dije, apartándole a un lado—. ¿Vamos, Cleo?

Ella montó sin vacilar en uno de los aparatos. Presionó el botón de contacto y asió la barra de gobierno, elevándose medio metro del suelo.

—Es facilísimo, Ken —exclamó jubilosamente.

Yo monté en otro de los aparatos. Presioné el botón de puesta en marcha y, en el acto, noté que el asiento se conformaba automáticamente a mi cuerpo, sujetándome eficazmente, pero sin presión dañina.

Griatt quedó sobre la terraza. Su cara, iluminada por el resplandor de las cuatro lunas, aparecía contorsionada por una rabia infinita.

Le miré burlonamente,

—Un hombre tan listo… y dejarse engañar como un chiquillo —dije.

De pronto, rompió a hablar y vomitó mil maldiciones. Me harté de él y le pegué un estacazo con el astil de la lanza, derribándole por tierra.

—¡Vamos, Ken! —me urgió Cleo.

Lancé una mirada a Griatt. Yacía en el suelo, sin conocimiento.

—Sí, vamos.

Presioné suavemente la barra de gobierno, a la vez que la levantaba ligeramente hacia arriba. El aparato se elevó sin el menor esfuerzo.

En los primeros momentos, nos costó un poco gobernarlos con eficacia. No obstante, el manejo era tan sencillo, que en poco rato pudimos maniobrar con toda facilidad.

El fresco viento de la noche nos dio en la cara. Los cabellos de Cleo ondearon libremente. Las ropas se pegaron a su cuerpo, haciendo resaltar sus formas juveniles, armoniosas, como una Diana cazadora de nueva especie.

Yo dirigí mi vehículo en sentido opuesto a la cordillera. Era la mejor forma de llegar a la puerta.

Atravesamos raudamente todos los obstáculos que nos salían al paso. En pocos minutos, ganamos una buena distancia.

Media hora más tarde, me pareció llegar a parajes conocidos.

—Creo que ya estamos en las proximidades de la puerta —dije.

—Eso es magnífico —dijo ella—. Ken, este mundo me gusta

mucho, pero no lo cambiaría por el nuestro.

—No nos habituaríamos a él, creo.

Bajé un tanto la barra de dirección, a la vez que aflojaba la presión de mi mano. El caballito volante perdió altura y velocidad.

Repentinamente, un vivísimo resplandor se encendió a nuestras espaldas.

—¿Qué es eso, Ken? —gritó Cleo, alarmada.

Volví la cabeza. A unos cuarenta kilómetros de distancia, la ciudad era un ascua de luz.

—No sé por qué, pero me parece que han dado la alarma…

En aquel instante, Cleo lanzó un grito agudísimo.

—¡Ken, mi vehículo cae!

El aparato perdía altura rápidamente. De pronto, yo noté que mi caballo se precipitaba a tierra.

—¡Salta, Cleo!

El instinto me hizo oprimir el interruptor de contacto. La presión del asiento cesó sobre mi cuerpo.

Saqué las piernas. Cuando el vehículo llegó al suelo, yo salté fuera. Rodé un par de veces sobre la hierba y luego me puse en pie de un salto.

Cleo yacía en el suelo, sin sentido al parecer. Su caída se había efectuado desde mayor altura.

Corrí hacia ella y me arrodillé a su lado. El resplandor disipaba por completo la penumbra.

—¡Cleo! —grité.

Ella abrió los ojos y me miró con expresión aturdida.

—No es nada… —dijo—. Me di un golpe al caer… ¿Qué ha pasado, Ken?

Tendí mi vista a lo lejos. El resplandor avanzaba rápidamente hacia nosotros.

Al mismo tiempo, las lunas se esfumaban. ¿Qué ocurría allí?

—No lo sé, Cleo —contesté—. Tal vez estos aparatos reciben su energía de alguna fuente central y la cortaron al enterarse de nuestra evasión. Es lo único que puedo decirte.

—Sí, quizá tengas razón. ¿Y esa luz?

Reflexioné unos momentos. Casi parecía de día, aunque no se veía astro solar por ninguna parte.

—Es muy posible que estos seres conozcan el medio de lograr

una iluminación total de la atmósfera —contesté al cabo—. O, por lo menos, de una vasta zona. Después de lo que hemos visto, no me extrañaría en absoluto.

—Yo también lo creo así. Ayúdame, ¿quieres?

Tomé sus manos y la hice ponerse en pie. El resplandor poseía ya la intensidad de una iluminación normal diurna.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Sí, ya se me ha pasado casi por completo… ¿Qué hacemos ahora, Ken?

Contemplé los caballos voladores. Yacían de costado. Un oscuro instinto me dijo que todos nuestros esfuerzos por ponerlos en funcionamiento resultarían estériles.

—Tendremos que correr, Cleo —dije—. No nos queda otro remedio.

Me agaché y recogí la lanza.

—Solo disponemos de esto, pero no dejaré que nos atrapen de nuevo —declaré resueltamente.

Ella agarró mi mano.

—Vamos, Ken.

Echamos a correr. De cuando en cuando, volvía la cabeza hacia atrás. Yo no veía ningún rastro de nuestros perseguidores, pero presentía que no alcanzaríamos la puerta sin antes sufrir un serio contratiempo.

Al cabo de un rato, observé que Cleo daba síntomas de fatiga.

—Descansaremos un rato —propuse.

Ella sonrió. Respiraba afanosamente y sus cabellos, mojados por el sudor, estaban pegados a sus sienes. Me miró y sonrió animosamente.

—Vivimos en un mundo demasiado civilizado —dijo a poco—. En cuanto hacemos un poco de ejercicio, nos sentimos muertos…

Le entregué la lanza.

—Descansarás mientras seguimos —dije, alzándola en mis brazos—. No podemos perder mucho tiempo.

Ella se resistió un poco, pero acabó por ceder.

—¿Cuánto crees que queda hasta la puerta, Ken? —preguntó.

—No tengo una idea exacta, pero no más de tres o cuatro kilómetros…

—Una hora todavía —se dolió ella.

—Menos, quizá —dije para animarla.

Seguí trotando con aquella dulce carga en los brazos. Ella miraba hacia atrás por encima de mis hombros.

De súbito, lanzó una exclamación:

—¡Ken, ya están ahí!

Capítulo XIV

DETUVE mi marcha y dejé a Cleo en el suelo. A lo lejos, flotando en el aire, divisé una numerosa bandada de puntitos que se dirigían hacia nosotros.

—Lástima de un buen rifle —mascullé.

—¿Qué hacemos, Ken? —preguntó ella, angustiada.

Miré a mi alrededor. Luego traté de calcular la velocidad de nuestros perseguidores.

—Los tendremos encima antes de cinco minutos —dije—. Vamos a buscar un buen escondite.

—¿Crees que servirá de algo? Antes nos localizaron con toda facilidad…

—Probaremos de nuevo —insistí—. Quizá la vez anterior nos vieron desde más lejos… o tal vez Griatt posee un sistema de alarma que le indica el momento en que alguien abre la puerta sin su permiso. ¡Ven! —dije, tirando de su mano.

No lejos de aquel lugar había un grupo de arbustos muy frondoso, bajo los cuales nos escondimos. Yo apretaba la lanza, dispuesto a usarla despiadadamente si la ocasión lo requería.

Minutos después, vimos los primeros guerreros sobrevolando el lugar. Algunos de ellos continuaron su marcha. Otros quedaron merodeando por las inmediaciones.

—De momento, no nos han visto —susurró al oído de Cleo—. No te muevas, no hagas el menor ruido…

Nuestros perseguidores parecían desconcertados. Yo también lo estaba en parte. ¿Por qué ahora no nos encontraban tan fácilmente

como antes?

De pronto, se me ocurrió una idea.

—Cleo —murmuré—, me parece que ya tengo la explicación.

—¿De qué, Ken?

—Estoy seguro de que antes nos detectaron por el metal del rifle. Ahora no lo tengo, ¿comprendes?

Ella asintió.

—Es muy probable —admitió.

Los guerreros continuaban su búsqueda, esparciéndose cada vez más. Observé que, de cuando en cuando, se llevaban la mano a la oreja izquierda, como para escuchar algo. Indudablemente, recibían órdenes por algún aparato de radio situado en su casco.

De pronto, dos de ellos se dejaron caer muy cerca de nosotros. Saltaron al suelo y caminaron con grandes precauciones, las lanzas por delante.

Entonces me di cuenta de que el hierro de mi lanza también era de metal. Ya no me cupo la menor duda de que habíamos sido detectados.

—No te muevas, Cleo —murmuré.

Me arrastré hacia atrás silenciosamente y luego di la vuelta al matorral, asomándome por el lado opuesto. De súbito, uno de los guerreros percibió algo y gritó fuertemente, a la vez que se volvía hacia mí.

El otro giró también. Mi lanza partió con terrible fuerza, aunque con el cabo por delante. Francamente, me repugnaba la idea de ensartar a un semejante, por muy hostil que se sintiera. Creía que podría obtener los mismos resultados sin necesidad de quitar ninguna vida.

El extremo de la lanza le golpeó en plena boca, derribándole de espaldas. Un ronco aullido se escapó de sus labios destrozados.

El otro saltó furiosamente hacia mí. Una piedra voló por los aires y le alcanzó en el centro de la espalda, haciéndole perder el equilibrio parcialmente y con él la iniciativa.

Cuando se recuperó, ya tenía yo asida su lanza cerca de la hoja. Di un terrible tirón hacia adelante y le hice trastabillar.

Cuando se vencía, levanté el pie y le golpeé en la mandíbula. El guerrero lanzó un rugido y se desplomó al suelo.

Cleo corría hacia mí. Se agachó y recogió otra de las lanzas.

—¿Estás bien, Ken? —preguntó ansiosamente.

—Gracias a tu piedra —respondí—. Fue una intervención muy oportuna…

Ella sonrió.

—Te vi en un apuro tan grande…

—Nuestros apuros no han cesado todavía —señalé a lo lejos con la mano—. Mira, todavía quedan muchos.

—Tenemos dos aparatos para escapar —dijo Cleo.

—Sí, pero no podemos huir con esta indumentaria. Nos verían inmediatamente.

—Hay un remedio, Ken —manifestó ella con los ojos muy brillantes.

—Entiendo —sonreí—. Anda, ve al otro lado de los arbustos.

Cleo obedeció. Yo me incliné sobre uno de los guerreros y le despojé de sus ropas, que lancé acto seguido al otro lado del arbusto.

Mientras ella cambiaba la indumentaria, yo hice lo mismo. Momentos después, nuestro aspecto había cambiado por completo.

Ella salió del matorral y caminó hacia mí. Los ropajes estaban grandes, pero a cierta distancia podían engañar a un observador. En cambio, el casco le sentaba estupendamente y le confería un aspecto extraño y encantador al mismo tiempo.

—Estás preciosa —dije.

Cleo se ruborizó.

—No son estos momentos para halagar la vanidad de una mujer —dijo.

—Jamás oculto mis sentimientos —contesté.

—Entonces, aguarda a que estemos a salvo para terminar de expresarlos —dijo maliciosamente.

—Las mujeres soléis leer en los ojos. ¿Tú no lees en los míos?

—Conseguirás que me ruborice, Ken.

—¿No lo estás ya?

Cleo se echó a reír.

—Anda, vamos, adulador.

Momentos después, estábamos a horcajadas sobre nuestras monturas. Puse la mía en marcha y me elevé unos metros sobre el suelo.

—No vueles demasiado alto —aconsejé—. Recuerda que

debemos encontrar el monolito indicador.

—Entendido.

Volamos con relativa lentitud, alternando las miradas hacia los demás guerreros con las que dirigíamos al suelo. Así transcurrió un cuarto de hora interminable.

De pronto, Cleo dijo:

—Ken, la señal.

El montón de piedras estaba delante de nosotros. Perdí un metro de altura.

—Seguiremos volando —dije—. Así podemos ver el hilo sin necesidad de caminar a pie. Ve tú delante, Cleo.

Ella obedeció. Yo tenía un ojo en su figura y otro en los guerreros que evolucionaban en nuestras inmediaciones. Era preciso no perderlos de vista un solo instante.

Minutos después, Cleo dijo:

—Ken, estoy entreviendo la puerta.

—Muy bien. Sigue, no te desvíes.

De pronto, vi que dos guerreros se dirigían hacia nosotros. Uno de ellos gritó algo en su idioma.

—¿Qué dice, Ken?

—No lo sé… ¡Date prisa, Cleo! —grité.

Los dos guerreros corrían hacia nosotros. Habían advertido la superchería.

Yo salté al suelo. No poseía ninguna experiencia en el arte de pelear a bordo de uno de aquellos aparatos y me sentía más seguro con los pies en suelo firme.

Uno de los soldados se arrojó sobre mí, lanza en ristre, a toda velocidad. Cuando ya estaba a punto de alcanzarme, me arrojé hacia adelante y pasé por debajo de él. Al mismo tiempo, giraba sobre mí y golpeé el vientre de su vehículo con el cabo de mi lanza.

El aparato se desequilibró y volcó, lanzando a su jinete por los suelos. Cleo gritó.

Otro guerrero se me echaba encima. Ella le arrojó la lanza y, aunque no le alcanzó directamente, fue lo suficiente para hacerle perder la estabilidad. El aparato chocó contra el suelo con terrible impacto y su ocupante salió despedido a gran distancia.

—¡Vamos, Ken!

Me puse en pie y corrí hacia la puerta. Los dos guerreros,

aturdidos, intentaron reaccionar, pero ya era tarde.

Cleo hizo girar el picaporte. Yo alcancé el umbral un segundo después.

Antes de pasar al otro lado, contemplé los rostros de los guerreros, en los que aparecía un infinito asombro. Después, Cleo cerró y la visión de aquel bélico mundo desapareció de nuestros ojos.

—¡Uf! —dijo ella, respirando con inmenso alivio—. ¡Por fin, Ken, estamos a salvo!

Sonó una risita burlona.

—¿Ustedes creen? —dijo Griatt.

* * *

Estaba allí, sentado frente a nosotros, con un rifle enteramente terrestre en las manos.

—Han calculado mal —dijo—. Profesor, ahora no le valdrá la fábula de su pipa convertida en pistola. Este rifle… —palmeó la culata—, es viejo, pero enteramente confiable.

—Lo estoy viendo —contesté rígidamente—. ¿Piensa acabar con nosotros a tiros?

Griatt se puso en pie. Movió la cabeza con gesto burlón.

—Tengo otro medio mejor —dijo—. ¡Apártense de la puerta! —ordenó de pronto con voz estridente.

Tomé la mano de Cleo y me la llevé a un lado.

Griatt avanzó un par de pasos.

—Los guerreros del otro lado verán la puerta —advertí.

—No —contestó el individuo—. De algún modo que no he logrado averiguar todavía, ellos no logran traspasar la dimensión de su mundo. Por lo tanto, no ven la puerta.

—Debe de ser una característica peculiar de ese mundo paralelo —opiné—, porque de otro mundo sí han pasado seres vivientes.

Se encogió de hombros.

—¡Qué más da! En todo caso, me resulta muy conveniente que ellos sigan siempre allí. No me gustaría que vinieran a estorbar mis planes en la Tierra.

Alargó la mano a su izquierda.

—Miren eso, por favor —indicó.

Cleo y yo volvimos la vista.

Una exclamación de horror se escapó simultáneamente de nuestros labios.

—¿Qué es? —preguntó Cleo.

Yo me sentía incapaz de hablar. El monstruo no era muy grande, apenas mayor que un conejo… pero tenía el aspecto de una inmensa garrapata, con una atroz serie de tentáculos rígidos y articulados, terminados en diminutas tenazas, que daban la sensación de poder cortar fácilmente el acero mejor templado.

Estaba encerrado en una jaula de vidrio y nos contemplaba malignamente con una batería de ojos facetados que parecían hechos de diamante puro. En lo que era su boca, se movían rápidamente y con alternativas opuestas, horizontales, unas mandíbulas de dientes aserrados que infundían verdadero pánico.

—Ese es solo un ejemplar que capturé hace tiempo —dijo Griatt —. Son tremendamente voraces y, en cuestión de minutos, pueden descarnar a una persona —puso la mano en el picaporte—. Están a miles, aquí, al otro lado, en un mundo paralelo…

—Si abre le devorarán a usted también —advertí.

Griatt sonrió.

—Tienen un olfato muy sensitivo —dijo—. Determinados olores les resultan repulsivos, por ejemplo el olor a alcohol. No hace mucho he vertido sobre mí el contenido entero de una botella de licor. Ello me hará inmune a sus ataques.

Soltó una atroz risotada.

—Contemplaré desde el umbral cómo les devoran —dijo.

Y abrió la puerta, sin dejar de mirarnos.

Yo me puse rígido. Pude haber gritado, pero callé.

Cleo se llevó una mano a la boca. Griatt dio un paso atrás.

Un horrible alarido se escapó de sus labios al precipitarse en el vacío. Yo corrí hacia el umbral.

Me asomé al precipicio que habíamos visto antes. Griatt caía revoloteando hacia el abismo, situado a más de trescientos metros de profundidad. Su imagen se empequeñeció rápidamente.

Abajo, en el río, brilló de pronto un chorro de espumas. Eso fue todo.

Volví los ojos. Cleo estaba palidísima.

—Repórtate —dije—. No te desmayes.

—Sí, Ken…

Miré la jaula de vidrio que contenía el animal.

—Ese bicho no puede quedarse en nuestro mundo —decidí.

Instantes después, la jaula seguía el mismo camino que Griatt. Luego cerré la puerta.

Cleo corrió hacia mí y me abrazó estrechamente. Lloró un poco; era lógico que se desahogase.

Al cabo de un rato, dije:

—Cleo, tenemos que pensar en nosotros.

—Sí, querido.

* * *

La fábrica ha vuelto a reanudar de nuevo sus actividades.

Yo soy ahora el director. Las cosas marchan bien, no podemos quejarnos.

Heenan echa mucho de menos a «Toby». Tal vez un día intente traerlo a nuestro mundo.

—No lo sé… francamente, no siento deseos de cruzar de nuevo el umbral de esa puerta multi-dimensional.

La tengo en mi despacho, prudentemente oculta tras un armario corriente. Todo está listo para hacerla funcionar… pero ni Cleo ni yo nos atrevemos a hacerlo.

Yo creo que es que nos sentimos a gusto en nuestro mundo. No es perfecto, pero vivimos en él y nos agrada.

A veces, Cleo y yo comentamos aquellas extraordinarias aventuras. De todos los mundos que conocimos, solo a uno de ellos nos iríamos.

Sin embargo, tememos introducir un elemento discordante en aquel mundo parecido a la Grecia antigua. Nosotros, por supuesto, iríamos con buenas intenciones… pero quizá no supiéramos despojarnos de determinados prejuicios y hábitos que podrían arruinar nuestras relaciones con aquellos seres tan felices.

Así, pues, la puerta permanece cerrada. Creo que no la abriremos jamás.

En realidad, cuando conocí a Cleo, se abrió una puerta para nosotros, que daba a un camino de dicha eterna. ¿Puede alguien pedir más?


FiN

Próximo Número:

Para viajar por el espacio son
inevitables las estaciones.
Lo malo es que en algunas
surgen graves problemas,
que a veces son mortales.
Este era el caso de aquella

ESTACIÓN DE RELEVO

que no se podía evitar.

Otro apasionante relato de

Louis G. Milk